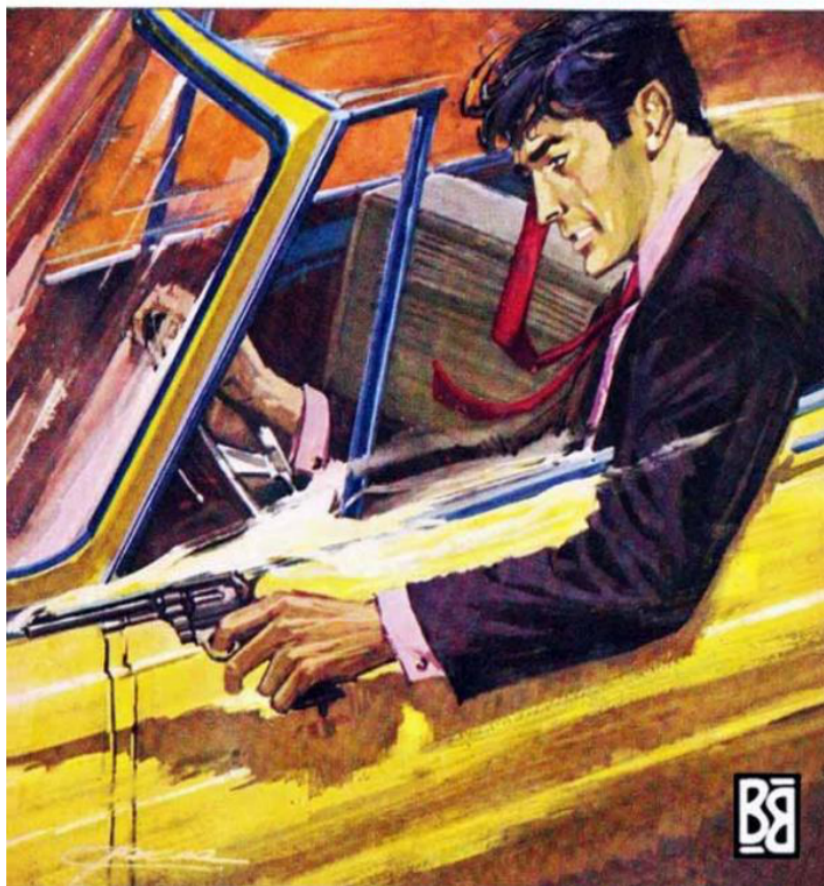


PUNTO
ROJO

imaten a Carella!

burton hare

UNA AVENTURA DE **LOS JUSTICIEROS**



¡MATEN A CARELLA!





BURTON HARE

¡MATEN A CARELLA!

Colección PUNTO ROJO n.º 241

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BOGOTA

BUENOS AIRES

CARACAS

MEXICO

RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 30629 - 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: diciembre 1966

© BURTON HARE - 1966
sobre el texto literario

© MIGUEL GARCIA - 1966
sobre la cubierta

© COSTA y ALTAMIRA - 1966
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

- 835. — El extraño crimen del fuego.
- 850. — Trampa en la oscuridad.
- 852. — Algo más que un atraco.

En Colección PUNTO ROJO:

- 235. — Guerra secreta.
- 238. — La muerte se viste de oro.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

- 129. — Hasta que la muerte llegue.
- 131. — Destino: «La Morgue».
- 139. — Morir es fácil.

CAPÍTULO PRIMERO

EL FINANCIERO

Era un hombre que había dejado atrás los sesenta años y no se preocupaba en absoluto de ello. Su rostro surcado de arrugas tenía una expresión implacable, y unos ojos ardientes acostumbrados a enfrentarse con toda clase de problemas y dificultades, venciendo y superándolos sin titubeos ni piedad para el vencido.

Con aquellos ojos helados miró al hombre alto que se erguía ante su escritorio y parpadeó. Tuvo la sensación de que esta vez su poder, caso de ser puesto a prueba, se estrellaría contra una voluntad mucho más recia que la suya propia.

—¿Su nombre? —preguntó con sequedad.

—Frank Carella. Me han dicho que el suyo es Brian Lemming.

—En efecto. ¿No quiere sentarse?

Carella se hundió en el enorme butacón y estiró sus largas piernas. Sus cabellos revueltos y la expresión un tanto amarga de su rostro no encajaban en la idea que el financiero tenía de su visitante.

—Hábleme de usted —ordenó.

Carella sacudió la cabeza.

—No hay nada que decir sobre mí. Creo que debo recordarle que no estoy a su servicio, señor Lemming. Se me ha pedido que venga aquí y le escuche confidencialmente. Bien, aquí estoy. Tengo entendido que, según usted, se está tramando algo gigantesco contra nuestro país. ¿Es eso lo que verdaderamente dijo el secretario de Justicia?

Brian Lemming carraspeó, molesto. No recordaba que nadie le hubiese hablado en aquel tono durante muchos años. Todo el mundo se apresuraba a informarle con detalle de cuánto pedía,

dándole toda clase de explicaciones por sencillo que fuera lo que hubiera solicitado...

—Algo así —dijo—. Pero también advertí a mi amigo, el secretario de Justicia, que no era asunto para la policía. Ni siquiera para el Departamento Federal... Una indiscreción, en caso de que mis sospechas sean ciertas, puede provocar una catástrofe bursátil, un derrumbamiento como el del año veintinueve...

—Yo no soy policía, señor.

—¿Agente federal acaso?

—Tampoco.

—Pero debo confiar en usted, según el secretario de Justicia...

Carella se encogió de hombros. La verdad era que le disgustaba aquel hombre.

—Eso depende de su criterio, señor Lemming.

El financiero dudó breves segundos. Luego esbozó una mueca y se inclinó sobre el escritorio.

—No tengo opción —gruñó—, de manera que vamos al grano. ¿Ha leído usted los periódicos estos últimos días? Me refiero, naturalmente, a las reseñas bursátiles.

—Por encima solamente. No especulo en la Bolsa, de manera que no tiene un interés específico para mí.

—De ahora en adelante deberá tenerlo, si es que ha de hacer usted algo en bien del país... y tal vez también en mi beneficio.

—Creo que está usted en un error —le rectificó Carella—. No puedo ocuparme en absoluto de defender sus intereses privados. Mi puesto es otro muy distinto y...

—¿Ni siquiera para salvar mi vida?

Frank Carella arrugó el entrecejo y fijó sus ojos de acero en el hombre todopoderoso en los círculos financieros.

—¿Su vida? —indagó.

—He sido amenazado. No directamente... pero se me ha dado a entender que mi salud podría resentirse si no accedía a vender cierto paquete de acciones.

—Eso es lamentable, pero hasta ahora creo que su problema es más adecuado para la policía que...

—No.

—Muy bien, empiece por el principio. Cuénteme el asunto y tal vez cambie de idea.

—Forzosamente tendrá que cambiar. Soy el presidente y accionista mayoritario de «Lemming & Randall Corp». Imagino que ha oído hablar por lo menos de esa razón social...

—Algunas veces. Fábricas en distintos Estados de la Unión, investigación científica e industrial; laboratorios de Física de los que han salido algunos de los más valiosos investigadores atómicos con que cuenta el país... Ésas son las referencias que me ha dado de usted el secretario de Justicia.

Lemming sonrió pálidamente por primera vez.

—Sospecho que tanto usted como mi amigo, el secretario, no sienten demasiada simpatía hacia mí. En fin, a lo que iba; realmente, lo que usted acaba de decir es cierto en líneas generales. Mantengo poderosos laboratorios de Física, en los que se trabaja en investigaciones secretas sobre el átomo. Nada militar, ni dependiente del Gobierno, en absoluto. Yo mantengo el criterio de que la energía atómica barrerá en un futuro próximo todos los combustibles conocidos hasta ahora: carbón, gasolina, petróleo... queroseno y todo lo demás. No sólo es esta mi teoría, sino la de mis investigadores. Es sobre eso que estamos trabajando en la actualidad.

—¿Y bien?

—Realmente, Carella, me desconcierta usted... En fin, adelante —se mordió el labio inferior sin dejar de escrutar a su visitante. Se fijó en la anchura de los poderosos hombros, en la expresión helada de los ojos del color del acero y la firmeza del agresivo mentón. Suspiró y prosiguió con voz animada—: Todas nuestras fábricas, nuestras factorías, están trabajando a ritmo acelerado inundando el mercado de productos a precio razonable, con los cuales, debido a su enorme venta, cubrimos los costes, también enormes, de nuestras investigaciones. Y hemos llegado a un punto álgido, amigo mío... un paso más y habremos alcanzado la meta...

—No comprendo muy bien...

—El sistema, ¿entiende? La conversión de la energía atómica en fuerza capaz de ser manejada hasta por un niño. Y a un precio ridículo, dos veces más económico que la electricidad. ¿Comprende ahora el alcance de nuestros trabajos?

—Entiendo.

—Bien, justo cuando estamos al borde del éxito, la Bolsa se tambalea. Las acciones de varias compañías fuertes y seguras, se hunden incomprensiblemente. Le digo que es inútil cuando se hace para detener el «crac» de estas compañías...

—¿Dónde entra aquí «Lemming y Randall»?

—Ayer empezaron a bajar nuestras acciones también.

—Ya veo.

—Es una baja artificial, provocada, instigada por fuerzas que desconecemos. Eso es lo alarmante precisamente... y lo que me impulsó a confiarle a mi amigo el secretario de Justicia mis puntos de vista.

—Usted ha hablado de una amenaza contra su vida. ¿Está relacionada con esa baja artificial?

—Efectivamente. Recibí por teléfono una oferta de compra del paquete de acciones que poseo de la «Corporación Haskell». Me negué a vender. Más tarde, recibí a un visitante un tanto extraño. Me dijo que actuaba en nombre de un poderoso grupo de hombres de negocios de Texas. Querían comprarme mi paquete de acciones de mi propia corporación, la «Lemming & Randall».

Al principio, creí que se trataba de un loco. Estuve a punto de arrojarlo fuera del despacho. Bien, el hombre hablaba en serio. Insistió. Tuve que terminar la visita algo violentamente. Una hora más tarde, una llamada telefónica me hizo saber que, si no vendía, mi salud podría resentirse. Lo dijeron en un tono zumbón. Fue una de esas amenazas que uno las ve y oye en el cine y le parecen ridículas y melodramáticas. Bueno, a mí no me lo pareció.

—¿Era la misma voz del hombre que le había visitado?

—No, estoy seguro que se trataba de otro hombre.

—El que estuvo aquí, ¿dio algún nombre para presentarse?

El financiero abrió un cajón de su mesa y, tomando una tarjeta de visita, la entregó a Carella.

—Ésta es su tarjeta —dijo.

—Falsa, naturalmente... Si son gente capaz de recurrir a la violencia no utilizarán sus verdaderos nombres.

Pero dio un vistazo a la tarjeta, viendo que el nombre impreso en ella era alguien llamado George Burnaby. Había también una

dirección de Park Row y dos teléfonos. Después de leerla se la guardó en el bolsillo.

—Siga —dijo.

—No hay nada más.

Sorprendido, miró al viejo y enarcó las cejas.

—No comprendo muy bien qué espera que hagamos con lo que acaba de contarme...

—Pedí al secretario que tratase de averiguar qué se escondía detrás de esa falsa baja de valores. De continuar como basta ahora se producirá una catástrofe, un pánico general que desencadenará un «crac» cuyas consecuencias no son fáciles de prever, entre ellas la ruina de infinidad de industrias, con el correspondiente problema del paro y todo lo demás.

—Ya veo...

—Hay algo más...

Carella levantó la cabeza y sus ojos produjeron escalofríos en el hombre viejo, el cual añadió:

—Le he dicho que estábamos a punto de dar cima a nuestras investigaciones. Bien... Todos los proyectos son secretos, elaborados por distintos grupos de investigación. Sólo yo y Randall, mi socio y eminente científico, coordinamos las distintas partes de esos avances, formando con ello un todo que, al final, será el triunfo definitivo...

—Un momento. ¿Quiere decir que, en la actualidad, ninguno de sus científicos puede, por sí solo, elaborar la totalidad del proyecto?

—Exactamente. No queremos filtraciones. Sólo Randall y yo podemos ofrecer al mundo ese resultado final. Naturalmente, trabajamos en ello porque va a proporcionarnos una fortuna inmensa, pero no lo mantendremos secreto una vez patentado y puesto en marcha. Queremos que la humanidad goce de semejante adelanto. ¿Comprende?

—Creo que sí... ¿Dónde se llevan a cabo sus trabajos de investigación?

—La parte fundamental de ellos en una factoría-laboratorio secreta, al norte de Michigan. Aunque también se trabaja en esos proyectos en otra fábrica de Illinois, no lejos de Chicago.

—¿Supone usted que ese intento de compra forzada de sus acciones obedece a un plan destinado a lograr el control de su

sociedad, sólo para apoderarse de esos secretos?

—Pudiera ser, pero hay que tener en cuenta que son muchas las sociedades cuyas acciones se están desplomando en estos momentos.

—En definitiva, todo lo que usted espera de mí es que averigüe quiénes están detrás de esa operación, ¿es eso exactamente?

—En efecto. Tengo la firme seguridad de que, descubiertos los cerebros que hacen tambalear a todo Wall Street, podremos saber qué motivos les guían a neutralizarlos. Y creo inútil advertirle que las luchas en los medios financieros son siempre sin cuartel, despiadadas... y sucias.

Carella enarcó las cejas.

—No se favorece mucho a usted mismo.

—No tengo ninguna necesidad de hacerlo. Todo el mundo sabe a qué atenerse respecto a mí. Y me gustaría poder decir lo mismo de usted, pero es uno de los pocos hombres que me han desconcertado en mi vida. Le felicito.

Frank Carella se levantó, un tanto rígido.

—Veré qué podemos hacer —murmuró.

—Un momento... Usted habla en plural. ¿Es que no está solo en este asunto?

—Tengo algunos hombres a mis órdenes...

—Pero usted ha dicho antes que no es policía, ni agente federal...

—Y sigo sosteniéndolo.

El financiero parpadeó, inquieto.

—Entonces, no comprendo... ¿quiénes son ustedes?

Carella se encogió de hombros.

—Hágale esta pregunta al secretario de Justicia, señor Lemming. Quizá él acceda a hablarle de «Los Justicieros»... aunque lo dudo. Buenos días.

Giró sobre los talones y abandonó el regio despacho.

El financiero quedose mudo de estupor, contemplando la cerrada puerta, no sabiendo si indignarse por la brusquedad de aquel hombre, o alegrarse por el sentimiento de confianza y seguridad que le había infundido.

Decidió esperar los acontecimientos.

CAPÍTULO II

VIOLENCIA

Generalmente, Manhattan es calificado como corazón de Nueva York. Es una definición bastante exacta. No obstante, a ciertas horas una buena parte de la isla se vacía convirtiéndose entonces en un corazón exhausto, sin sangre, paralizado.

Especialmente, Wall Street y sus aledaños.

Es una hora mágica la del atardecer, cuando un silencio augusto desciende sobre lo que, hasta minutos antes, ha sido un emporio de fiebre financiera, el cerebro capitalista de la nación.

A esa hora mágica, el todopoderoso Brian Lemming, quedó solo en su despacho. Su secretario se marchó; la legión de empleados que durante el trabajo pululaban por las oficinas hacía rato que habían abandonado sus puestos. Todo era quietud.

El financiero se recostó cansadamente en el sillón y suspiró. Las acciones, en las últimas horas de la mañana, habían descendido todavía dos enteros más. No lo comprendía... no podía comprenderlo.

Una vez más, rodeado de quietud, pensó en el hombre que le había visitado en plena fiebre alarmista. Frank Carella...

Un tipo extraño, se dijo, suspirando. El hombre de negocios, acostumbrado a juzgar a los seres humanos al primer vistazo, no había sabido cómo encasillar a su visitante. Era curioso... se desprendía de él una sensación de fuerza, de poder... casi de crueldad. Hubiera podido ser un formidable financiero... o un terrible hombre de presa, un aventurero tan despiadado como los hombres que manejaban la economía nacional.

Reconoció que estaba cansado. De un tiempo a esta parte experimentaba esa sensación de cansancio demasiado a menudo...

Cerró los ojos, gozando de la paz de aquellos instantes, del silencio desconocido durante el resto del día.

No advirtió que la puerta se abría sin turbar aquel silencio, ni vio la oscura silueta que quedó enmarcada en el umbral. La figura quedó inmóvil unos instantes; después, levantó la mano derecha y de ella surgieron una sucesión de fogonazos color naranja, que apenas si turbaron tampoco el anhelado silencio, porque el arma estaba equipada con un silenciador.

Los grandes proyectiles de la automática volaron al encuentro del pecho del Brian Lemming, se hundieron en él, segando su vida de manera implacable, impulsándole a saltar fuera del sillón antes de derrumbarse sobre la mesa...

El financiero abrió los ojos a tiempo de distinguir la figura de la muerte en su puerta. Luego, la muerte los cegó y ya no vio nada, no sintió nada... encontró la paz definitiva que nunca había conocido.

Consumado su crimen, la oscura figura atravesó el despacho, aproximándose a su víctima. Se inclinó, comprobando que estaba muerta sin lugar a dudas. Tras esto, registró con calma los bolsillos del traje hasta apoderarse de un pequeño llavero del que pendían tres llaves. Las examinó con cuidado antes de guardárselas. Luego, con perfecta calma, sin nerviosismo ni apresuramiento, giró sobre sus talones y salió de la oficina.

Continuó reinando un augusto silencio dentro del despacho, pero ya no era un silencio sedante, agradable.

Era el silencio de los muertos.

Johnny Rugolo encendió otro cigarrillo y cambió de postura dentro del auto. Llevaba más de dos horas esperando ver aparecer a su hombre por la puerta del lujoso edificio de oficinas de Park Row y comenzaba a impacientarse.

El diminuto receptor y transmisor instalado en el *tablier* del coche crepitó cobrando vida. Movi6 una clavija y la voz clara de Carella indag6:

—¿Algo nuevo, Johnny?

—En absoluto. El tipo sigue arriba, no ha salido todavía.

—Ya no puede tardar —opin6 Carella—. Cuando aparezca, pégate a él y no lo pierdas de vista. Quiero saber con quién se entrevista, con qué clase de gente se relaciona...

—Ya sé lo que tú quieres, de manera que por mi parte... ¡Eh, ahí sale! Corto, Frank; informaré más tarde.

Todavía le llegó la voz del jefe de «Los Justicieros»:

—¡Suerte, muchacho!

Desconectó el aparato y encendió el motor. Vio al agente de Bolsa encaminarse al cercano estacionamiento, subir a un «Buick Electra» y maniobrar para colocarlo en la vía de tráfico.

Johnny apartó su coche de la acera y cuando el «Electra» emprendió la marcha se puso a seguirlo sin dificultad alguna.

En ningún momento tuvo la sensación de que su perseguido se hubiera percatado del espionaje a que estaba siendo sometido. Condujo a velocidad normal hacia Broadway y luego enfiló el morro del «Buick» rumbo al norte.

Ya no se detuvo hasta Madison Square donde maniobró para estacionarse junto a la esquina de la avenida del mismo nombre.

Johnny redujo la velocidad. Descubrió un lugar vacío y metió el coche en él apresuradamente. No vio que su perseguido abandonase su auto, de manera que aguardó con la atención prendida de la oscura carrocería del «Electra».

Pasaron algunos minutos. Luego, un largo y bajo «Corvette» se deslizó con el característico rumoreo de su motor a lo largo de la fila de coches estacionados, hasta colocarse junto al del agente de Bolsa. Johnny alargó el cuello sorprendido, porque quién manejaba el volante del coche deportivo, era una mujer de cabellera roja, llameante.

Hubo un corto intercambio de palabras entre ella y el ocupante del «Buick». Luego, el poderoso motor del «Corvette» rugió y el ágil vehículo se alejó a toda marcha.

El sedán del agente de Bolsa no tardó en ponerse en movimiento también, de manera que Johnny Rugolo movió el suyo reanudando la persecución.

Esta vez, el recorrido siguió hasta la calle 44 oeste, no lejos de Times Square. Allí, el perseguido abandonó el coche y entró por la brillante puerta del «Domino Club».

Johnny buscó dónde estacionar y luego siguió los pasos del agente de Bolsa.

El «Domino» es un club de lujo, con un restaurante de fama, una pista por la que desfilaban las más caras atracciones frívolas, una

excelente orquesta y un bar equipado con los mejores licores del mundo.

Johnny buscó la barra y pidió un *whisky* sobre las rocas.

Con él en la mano escrutó las mesas del restaurante hasta descubrir a su hombre. Pero, instintivamente, contuvo el aliento al reconocer al que compartía la mesa con él.

Podían decirse infinidad de cosas respecto a Charles Dunbar, menos que fuera una persona decente. Johnny Rugolo recordó retazos del historial del conocido maleante. Sólo había cumplido dos cortas condenas por delitos de poca monta, pero si la justicia americana hubiese estado montada de otra forma, Rugolo sabía bien que Charles Dunbar habría podido ser condenado a muerte una docena de veces. No había crimen o delito que él no hubiera cometido... aunque sin dejar pruebas, naturalmente.

Johnny comenzó a comprender que estaba sobre una buena pista. Cuando un aparentemente honesto agente de Bolsa, se entrevista discretamente con un pistolero, algo en su vida huele a podrido.

Bebió el *whisky* a pequeños sorbos, alargándolo, sin perder de vista a la pareja y preguntándose dónde andarían los perros de presa que siempre solían escoltar a Dunbar. A pesar de que examinó el resto del salón, no pudo descubrirlos.

La entrevista de los dos hombres duró casi quince minutos, tiempo suficiente para que Rugolo pasara revista a cuanto recordaba de la vida del *gángster*. Luego, cuando George Burnaby, el agente de Bolsa, abandonó la mesa, se fijó en que Dunbar lo seguía con la mirada y una expresión un tanto perpleja en su rostro de facciones irregulares y desagradables.

Estuvo tentado de dedicar su atención al pistolero en lugar de continuar tras Burnaby. No obstante, decidió que quien le interesaba a Carella era el agente de Bolsa y abandonó el club detrás del hombre.

Una vez más, su coche se deslizó tras el «Electra», pegado a él como si estuvieran unidos por una invisible maroma.

Tampoco en esta ocasión, Burnaby dio muestras de saberse seguido, sino que continuó recto hasta el Hotel Plaza, ante cuya puerta detuvo el auto. Johnny estacionó al otro lado de la calle, vio cómo su perseguido entraba en el hotel y encendió un cigarrillo,

dispuesto a aguardar de nuevo.

Una vez más, trató de analizar lo poco que Carella había podido informarle respecto a aquel extraño asunto. Se dijo que no le gustaba aquel tonto trabajo de rutina. No había aliciente, ni acción, ni nada que diera interés a las monótonas horas pasadas detrás de su presa.

Entonces dio un respingo en el asiento y estuvo tentado de cambiar de opinión. Acababa de distinguir al lujoso «Corvette» deslizándose calle abajo. El rumoreo lento de su potente motor semejaba el de una fiera al acecho.

Sólo que esta vez el deportivo vehículo no se detuvo, sino que prosiguió su marcha hasta desaparecer en la siguiente esquina, siempre manejado por una mujer de roja cabellera...

Johnny comenzó a preocuparse, pero la súbita aparición de Burnaby en la puerta del hotel le impidió seguir reflexionando sobre el posible significado de la insistencia del «Corvette» en seguir también los pasos de su hombre.

El agente de Bolsa se detuvo unos instantes, mirando hacia el interior del hotel. Entonces, una muchacha surgió como una aparición y ambos anduvieron hacia el coche. Johnny apretó la puesta en marcha.

Comenzaba a cansarse de aquel juego. Sus nervios acusaban la forzada inactividad. Las marchas chirriaron debido a la brusquedad con que fueron entradas, al ponerse en movimiento.

En esta ocasión, el coche perseguido enfiló hacia el sur, siempre con Rugolo pegado a su trasera. Las calles del distrito financiero estaban desiertas y silenciosas, de manera que para Johnny no había dificultad alguna en mantener al «Buick» bajo control. Y entonces las cosas estallaron de la manera más audaz e inesperada.

Johnny manejaba el volante con descuido, recostado contra el respaldo debido a lo fácil del seguimiento. Fue con indiferencia que captó el brillo de unos faros detrás suyo, los faros de un coche que se acercaba.

Instintivamente giró un poco el volante para dejarle paso, arrimándose a la fila de coches estacionados a lo largo de la calle de dirección única.

Sólo que el coche que venía detrás no le pasó. Por el rabillo del ojo, Rugolo distinguió el largo morro que se colocaba a su altura.

Notó con un sobresalto que, en lugar de adelantarle, el auto ajustaba la marcha a la suya propia...

Volvió vivamente la cabeza. Tuvo tiempo de ver que el negro vehículo iba ocupado solo por dos hombres: el conductor y otro que se inclinaba sobre la ventanilla trasera, sosteniendo algo pesado en las manos. Johnny desorbitó los ojos al rugir una maldición. Instantáneamente, se lanzó de cabeza bajo el *tablier*, abandonando el volante, mientras una ametralladora ligera dejaba oír el vibrante tableteo de una ráfaga interminable.

Los proyectiles zumbaron dentro del coche, astillando el parabrisas, rasgando el metal, destrozando el *tablier* y desgarrando la tapicería como si fuera cortada por un afilado cuchillo.

El pesado vehículo, falto de control, dio un bandazo y su morro fue a incrustarse contra los coches estacionados. Hubo un estrépito de metales aplastados y cristales hecho añicos, que apagó el rugido de la salvaje acelerada del vehículo atacante, que se alejó a una velocidad suicida hasta doblar la esquina próxima sobre dos ruedas.

Todavía estaban cayendo cristales a su alrededor cuando Johnny se irguió, luchando por abrir la portezuela. De alguna parte le llegaba el insistente sonido de un silbato. Y voces que se acercaban...

Consiguió saltar al suelo entre los hierros retorcidos. Sentía la sangre deslizarse por su cuello abajo, pero no creyó que fuera nada grave. De tratarse de una herida de bala no podría mantenerse sobre sus piernas, de manera que lo atribuyó a los cristales.

Echó a correr alejándose del auto. No estaba en condiciones de dar explicaciones sobre el salvaje atentado, de manera que cuando los agentes de patrulla llegaron junto al destrozado vehículo no pudieron encontrar el menor rastro de su ocupante.

Más tarde, recibieron otras sorpresas cuando el coche fue examinado a fondo. Descubrieron en primer lugar, que su matrícula era de Oregón, con todos los indicios de ser falsa. Luego, se quedaron mudos de estupor al comprobar que ni el motor ni el chasis ostentaban número de serie alguno... ni aparecía patente de ninguna clase.

Era un coche fantasma para ellos. No pertenecía a nadie, no había pista alguna que seguir. Era como si jamás hubiera existido, puesto que no había tampoco trazas de que los números del motor y

del chasis hubieran sido borrados... sino que nunca habían sido grabados en el metal.

Perplejo, el sargento del auto patrulla miró al teniente de detectives que se rascaba la nuca desconcertado.

—Nunca había visto nada igual —reconoció entre dientes.

—Los muchachos del laboratorio nos dirán si ha habido alguna vez un número grabado en el metal, pero por adelantado estoy dispuesto a jurar que no... Apuesto que, si preguntamos a la «General Motors», nos dirán que este coche nunca ha sido fabricado por ellos... ¿Qué te parece?

—Es muy extraño... los *gangsters* nunca se habían tomado tanto trabajo. Cuando necesitaban un coche para efectuar un *raid*, lo robaban para abandonarlo terminado su trabajo... Es la primera vez que me enfrento con algo semejante...

Así quedó la cosa para ellos. Horas después, los peritos del laboratorio le dieron la razón al teniente; aquel auto jamás había sido fabricado en ninguna de las series de la «General Motors»...

CAPÍTULO III

LA PELIRROJA

Carella gruñó un juramento con voz sorda, mientras contemplaba los esfuerzos de Johnny Rugolo para hacer desaparecer los arañazos que los cristales rotos habían dejado en su rostro.

—De manera que no pudiste ver la cara de esos dos «torpedos»...

—Sólo vi que eran dos, eso fue todo. Me entraron unas prisas terribles para tirarme de cabeza sobre la alfombra.

—Y a esas prisas debes el pellejo, muchacho. ¿Pudiste anotar la matrícula del «Corvette» por lo menos?

—No fue necesario, la recuerdo perfectamente. Toma nota...

Carella anotó las siglas y cifras y luego comentó:

—No va a ser difícil localizar ese coche y a su propietaria. ¿Tuviste la impresión de que seguía a Burnaby?

—La segunda vez no me cupo duda alguna. En cambio, la primera se acercó a su coche y pareció darle instrucciones solamente, sin ninguna clase de misterio.

—Ya veo... Una pelirroja, ¿eh?

—Y a juzgar por la impresión que saqué de ella, debe ser sensacional, Frank. Me gustaría conocerla más de cerca.

—Ya sé que te gustaría —gruñó su jefe, absorbido por sus reflexiones—. Creo que iré a ver a George Burnaby a su despacho. No sacaremos mucho más dando tantos rodeos.

—¿Por qué imaginas que dio su verdadera tarjeta a Lemming, si está complicado en una operación delictiva?

Carella se encogió de hombros.

—Cualquiera sabe... Quizá se considera tan seguro que no teme dar la cara. O quizá cree que su intervención, legalmente, se limita

a haber hecho una oferta de compra a un hombre de negocios. Nadie podrá probarle nada en contra y él debe saberlo.

—Seguro, pero nosotros no necesitamos pruebas si...

Calló. Frank esbozó una ligera sonrisa y dijo suavemente:

—Pero eso, Johnny, él no lo sabe... todavía. ¿Has pensado cómo te descubrieron?

—No debió resultarles difícil. No se me ocurrió que pudieran espiarme y no traté de ocultarme al seguir a Burnaby. Tal vez... Sí, eso debió de ser; los gorilas de Dunbar.

—¿Qué?

—No pude verlos por ninguna parte dentro del «Domino». Recuerdo que me sorprendió esa circunstancia. Ahora pienso que quizá estaban fuera, en el coche de Dunbar, y me vieron salir detrás de Burnaby.

—Eso tiene sentido, realmente... Bien, Johnny; acuéstate. Por esta noche no podemos hacer nada más. Por la mañana visitaré a nuestro extraño agente de Bolsa...

—¿Crees que te recibirá?

—Por supuesto.

—Bien, quizá consigas desatarle la lengua, aunque lo dudo. Parece un fulano escurridizo como una serpiente...

Fue justamente cuando Carella se disponía a dejar solo a su compañero, cuando la radio dio la noticia del asesinato del financiero Brian Lemming. La policía no tenía la menor pista hasta el momento...

A la mañana siguiente, Carella se detuvo ante la puerta de cristal esmerilado, sobre la cual campeaba el nombre de George Burnaby, agente de Cambio y Bolsa. Luego, la empujó y penetró en un antedespacho regiamente amueblado. Se componía de una salita de espera con el suelo cubierto por una espesa alfombra. Al fondo, a la derecha, había una mesa escritorio metálica y brillante, con una mesita auxiliar sobre la que se veía una gran máquina de escribir eléctrica.

Y, detrás de la mesa, estaba la pelirroja más sensacional que Carella recordaba haber visto en mucho tiempo.

Era una muchacha de unos veinticinco años, de rostro ardiente y ojos de un extraño color violeta, brillantes y descarados. Por lo que pudo ver, el suéter con que cubría su busto había encogido, o era un

par de números más pequeño que su talla habitual, pero lo cierto es que resaltaba provocativamente unos senos pequeños y firmes sobre una cintura delgada y suave.

Mientras anduvo, acercándose a ella, Carella no cesó de escrutar el hermoso rostro. Se convenció de que poseía encanto suficiente para llenar un tratado de belleza. Sonrió.

—Deseo ver al señor Burnaby —dijo, deteniéndose ante la mesa.

—¿Su nombre, por favor?

Tenía una voz profunda, melodiosa, y sabía cómo servirse de ella para aumentar su impacto sobre los demás.

—Carella; Frank Carella.

—Le anunciaré. ¿Puede decirme el motivo de su visita, señor Carella?

—Negocios. Deseo invertir algún dinero.

—Perfectamente... Aguarde un instante y...

Se levantó. Su voz se extinguió al darse cuenta la firmeza de aquellos ojos de acero que parecían penetrar dentro de ella. Huyendo de la inquisitiva mirada, giró y desapareció por una puerta interior.

Carella pudo convencerse de que el resto de su cuerpo era tan magníficamente proporcionado como lo que ya había visto. Sus largas piernas se movían con suave armonía, como si apenas rozaran el suelo. No tardó más que unos segundos en reaparecer, Aunque esta vez su sonrisa era más profesional todavía.

—El señor Burnaby le recibirá inmediatamente, señor Carella. Tenga la bondad de pasar... Por aquí, por favor.

Él notó el exagerado formulismo de la muchacha, pero le sonrió de manera amistosa. Al pasar junto a ella su olfato se llenó de una fragancia fresca y exquisita. La luz arrancaba destellos de fuego de la ondulante cabellera.

Entró a la oficina privada del agente y avanzó sobre otra mullida alfombra, deteniéndose frente al hombre que Rugolo le había descrito con detalle.

—¿En qué puedo servirle? —inquirió Burnaby—. Mi secretaria me ha dicho que al parecer desea usted invertir algún dinero en acciones...

—Ésa es la idea.

—Síntese, por favor, señor... ¿Carella es su nombre?

—En efecto, Frank Carella.

—Bien, ¿qué cantidad tiene pensado emplear en esta operación?

—No estoy muy decidido todavía. En realidad, estoy informándome de cuáles son los valores más sólidos, y al mismo tiempo más rentables... He acudido a usted en busca de consejo precisamente.

Burnaby sonrió con suficiencia.

—No podía haber tropezado con nadie más capacitado para aconsejarle. Si conoce usted el mundo bursátil, sabrá que actualmente soy uno de los más firmes agentes de Bolsa...

—Algo de eso he oído.

—Naturalmente, sería de gran ayuda para mi conocer, aunque sólo fuera aproximadamente, qué suma está dispuesto a poner en juego... Comprenda que es exclusivamente para tener una orientación respecto a la clase de valores más convenientes para usted, señor Carella.

Éste pareció reflexionar. Luego dijo:

—Más o menos, unos cien mil dólares.

La cifra no pareció impresionar a Burnaby.

—Excelente —musitó tan solo—. Presumo que lo que usted desea son acciones firmes, seguras, aunque su dividendo sea algo más modesto...

—No me importaría arriesgarme un poco.

—Comprendo. Hay en la actualidad una pequeña baja en las acciones de «Consolidated Mines»... creo que sería una buena inversión para usted. Es casi seguro que subirán muy pronto.

—He advertido una gran inquietud en la Bolsa, señor Burnaby. Parece que hay una gran baja de valores. Quizá pudiera adquirir las acciones que parecen hundirse tan rápidamente, ¿no cree?

Burnaby hizo una mueca.

—¿Si esas acciones de que habla son las que están desvalorizándose a marchas forzadas?, no se lo aconsejo. Las compañías a que pertenecen no tardarán en estar en la ruina, ¿comprende?

—¿Y si no es así? Entonces, las acciones alcanzarán una cotización muy elevada...

—En efecto, pero no cabe duda que eso no sucederá.

—¿Por qué?

—No comprendo muy bien qué se propone. Si al venir aquí lo ha hecho ya con una idea preconcebida respecto a su inversión, ¿qué espera que haga yo en definitiva?

—Aconsejarme, por supuesto.

—Estoy intentándolo, pero...

—Por ejemplo —le atajó Carella con firmeza—. Esta mañana, los valores de

«Lemming & Randall

Corp.» están cayendo como el plomo...

—Y seguirán bajando.

—Bien, he tratado de comprar, usted sabe... Pero no hay ni una sola acción de esa corporación en venta. ¿Cómo se explica eso?

Burnaby parecía un tanto inquieto. Dijo apresuradamente:

—Si lo que usted desea es mi consejo sincero, señor Carella, no compre ese papel.

«Lemming & Randall»

están acabados. Lemming fue asesinado anoche y...

—Exactamente como le amenazaron a raíz de su negativa a venderle a usted sus acciones de su propia corporación, Burnaby.

Sus palabras cayeron como una bomba en el silencioso despacho. El agente de Bolsa perdió el color y se tambaleó en su sillón. Hubo de apoyarse pesadamente contra el respaldo para disimular el impacto que aquello había significado para él.

—No comprendo —balbució—. ¿De qué está usted hablando?

—De la visita que usted le hizo a Brian Lemming. Usted pretendió que él le vendiera las acciones mayoristas de

«Lemming & Randall».

¿No es cierto? Y antes que empiece a mentir, Burnaby, he de advertirle que el propio Lemming me informó personalmente.

Burnaby parecía estar ahogándose.

—Lo dice usted como... como si fuera un crimen haberle pasado una oferta —tartajó—. Fue una visita de negocios...

—Aparentemente. Usted se limitó a actuar en nombre de un grupo de financieros tejanos. ¿No es cierto?

—Sí, pero...

—Sólo que, una hora después de que usted fuera arrojado fuera de la oficina de Lemming, éste recibió una llamada telefónica. En ella se le amenazó si no rendía sus acciones, más las de la

corporación «Haskell». ¿Qué dice a eso, Burnaby?

—No sé nada de ninguna amenaza.

Carella suspiró resignadamente.

—Eso va a ser más difícil de lo que había imaginado. Habré de utilizar la violencia... Anoche, un coche que circulaba detrás del suyo fue acribillado a balazos. ¿No oyó usted el estrépito, Burnaby?

—Sí... Sí, escuché unos disparos. Pero comprenderá que no me detuviese a ver qué sucedía. Se oyen contar historias terribles de esas pandillas de pistoleros.

—¡Basta!

—¿Cómo se atreve...?

Burnaby trató de incorporarse, pero un rudo empujón de Carella le lanzó nuevamente contra el respaldo de su sillón.

—El hombre al que trataron de asesinar iba siguiéndole a usted, Burnaby —le espetó—. El atentado se produjo precisamente por eso. Y ahora, repítame que no sabe una palabra de esto y me veré obligado a arrancarle las orejas.

—¡Usted no puede hacer nada de eso! Voy a llamar a la policía y...

—Hágalo.

La mano del agente de Bolsa se disparó hacia el teléfono. Justo cuando llegaba al auricular, un puño de hierro se abatió sobre su muñeca, aplastándola contra la mesa con fuerza salvaje.

Burnaby dejó escapar un gemido y cayó sentado otra vez, acariciándose la mano lacerada. Sus ojos eran dos simas de miedo y odio impotentes.

—¿Quién es usted...? —balbuceó.

—Frank Carella.

—Pero...

—No soy policía, si es eso lo que le inquieta. Aunque más bien creo que preferiría usted que lo fuera, ¿verdad?

—Lo que hace es un atropello... un asalto...

—Antes que termine con usted podrá añadir algunos cargos más a mi actuación. No agote mi escasa paciencia, Burnaby. Lemming fue asesinado anoche, y otro hombre casi perdió la vida por ir pisándole los talones a usted... Dos vidas. La de un sucio perro como usted, no vale la de ellos.

Súbitamente, el agente de Bolsa se relajó, como rindiéndose.

—Usted gana —musitó con voz abogada.

Carella se inclinó sobre la mesa, amenazador.

—Va a contarme qué se esconde detrás de su oferta, quiénes le manejan a usted y cuáles son sus intenciones al intentar arruinar, o apoderarse del control de ciertas industrias... y va a contármelo ahora, antes que le haga pagar por Lemming y todo lo demás...

—Hablaré... se lo diré todo...

El inmenso miedo que aleteaba en los ojos de aquel hombre, puso en guardia a Carella... demasiado tarde. Cuando comprendió que algo estaba a punto de suceder, el pisapapeles de mármol volaba ya contra su cara.

Apenas si tuvo tiempo de esquivar, pero, aun así, el pesado objeto le golpeó brutalmente en la sien. Un estallido de dolor aturdió a Carella durante unos instantes fugaces. Se tambaleó y sus rodillas se aflojaron. Se vio forzado a apoyarse en la mesa para no derrumbarse. Entonces escuchó el golpe de la puerta al cerrarse violentamente y luchó por recobrar la conciencia.

Pero cuando consiguió llegar al antedespacho, sólo la hermosa pelirroja se encontraba allí, mirándole con ojos estupefactos.

—¿Dónde está? —Gruñó.

—¿Se refiere al señor Burnaby?

—¿A quién si no?

—Acaba de salir de estampida. ¿Qué diablo le ha hecho usted?

—Pregunte qué me ha hecho él... —Sacudió la cabeza de un lado a otro, acariciándose la sien. No encontró sangre, pero notó un latigazo de dolor cuando tocó el lugar machacado—. ¿Le ha dicho algo a usted cuando ha salido?

—Sólo que me fuera a casa... o algo así, no he podido entenderlo. ¿Qué significa todo esto?

Carella, ya recobrado, esbozó una sonrisa.

—Puede significar que va a quedarse usted sin empleo, aparte de otras cosas más desagradables. Venga, me acompañará a tomar una taza de café.

—Pero son mis horas de oficina...

—Se han acabado las horas de oficina para usted. O mucho me equivoco, o su patrón tardará cierto tiempo en volver a aparecer por aquí.

—Sigo sin entender qué es lo que sucede... ¿Quién es usted?

—Esa misma pregunta me ha hecho Burnaby. Y no ha obtenido respuesta.

—Comprendo... Bien, por lo menos, sacaré un café gratis de todo esto. Lástima de empleo si lo pierdo.

—¿Tanto le gusta trabajar para Burnaby?

—Es un trabajo cómodo por lo menos...

Ella salió de detrás de la mesa, tomó el bolso y si reunió con Carella, mirándole con ojos inquisitivos.

Él preguntó:

—¿Cómo he de llamarla, además de linda pelirroja?

—Bárbara...

—¿Y...?

—Bárbara Taylor. Llámeme Bárbara, como todo el mundo. A usted le llamaré Frank... ¿O no es ése su nombre?

—Lo es. ¿Vamos?

Abandonaron el despacho, ella debatiéndose entre el estupor causado por la precipitada huida de su jefe y el asombro que le producía la compañía del alto desconocido de ojos de acero, mirada triste y expresión un tanto amarga...

No quiso plantearse el dilema íntimo de si le gustaba o no. Sólo le siguió pasillo adelante hasta el elevador, y luego rumbo a la cafetería como si aquélla fuera una cita corriente y normal.

Mas ella sabía perfectamente que no era nada de eso. Presentía que algo extraño, tal vez peligroso, se escondía tras la impenetrable expresión de su acompañante...

CAPÍTULO IV

COMPLICACIONES

—¿De manera que hace solamente dos semanas que trabaja para Burnaby, Bárbara?

La pregunta de Carella pareció sobresaltar a la muchacha.

—¿Qué? Oh, sí, sólo dos semanas. En realidad, ese empleo debía ocuparlo otra muchacha, pero en el último minuto ella encontró algo mejor y me mandó a mí. Parece que le gusté al patrón y me dio la plaza.

—Comprendo que le gustase usted a Burnaby... Ahora dígame, Bárbara: ¿Qué clase de gente le vigilan en su despacho?

—Oh, bueno... clientes, hombres de negocios...

—¿Sabe sus nombres?

—Los de algunos sí, pero no sé si debo... Porque usted no es policía, por supuesto...

—No lo soy.

—Eso me desconcierta más todavía...

—Olvídese de mí, muchacha. Sólo dígame esos nombres. Puede ser muy importante, y su silencio sólo me retrasará unas horas, puesto que acabare por averiguarlos igualmente.

—Está bien, si es cierto que he perdido el empleo...

—Casi puede estar segura de eso.

Ella suspiró resignadamente.

—En fin, allá va... No sé por qué accedo a revelarles esto, quizá porque usted es distinto a los demás hombres que he conocido.

—¿Distinto?

—Por lo menos, no ha tratado de hacerme el amor a las primeras de cambio...

Carella apuró los restos de su café frío y desvió la mirada. Notó

los ojos de la muchacha fijos en él como si quisiera leerle los pensamientos y sintióse inquieto.

—Iba a indicarme el nombre de algunos clientes —le recordó bruscamente.

—Es cierto. ¿Siempre es usted tan inasequible?

Él respiró hondo para controlarse. Consiguió que una forzada risa llegara hasta sus labios y ella se apresuró a hablar:

—La verdad es que en ese corto tiempo que llevo como secretaria del señor Burnaby ha habido pocos clientes. Yo creí al principio que habría mucho más trabajo en esa oficina...

—Los nombres, Bárbara —le recordó Carella, impaciente.

—Está bien, está bien... qué hombre tan brusco. ¿No va a tomar nota de ellos?

—Tengo una memoria excelente.

—Steve Barker —empezó ella—. Un agente de Bolsa amigo del señor Burnaby. Dave Martel, un cliente; Abner Lancaster, otro cliente, muy rico al parecer: tiene negocios de petróleo.

—Un momento, ¿alguno de ellos es tejano?

—El señor Lancaster... y también el señor Cromwell, y el señor Kilkwood...

—¿Los tres?

—En efecto, ¿por qué ha preguntado si son tejanos?

—Sería muy largo de contar ahora. ¿Quién más?

—Otro cuyo nombre suena como Lizzark. Ése sólo vino una vez... Hay algunos más, por supuesto, pero tendría que consultar el libro de visitas para recordar sus nombres.

—Creo que con éstos es suficiente por el momento, excepto que haya algún otro financiero tejano en su libro.

—Excepto esos tres que le he nombrado, no recuerdo que haya ningún otro...

—En todo caso, consultaríamos el libro más adelante —murmuró Carella con voz contenida.

Parecía preocupado. Ya no parecía acordarse del golpe recibido, pero la expresión amarga de su rostro semejaba haberse agudizado.

—Voy a darle un consejo, muchacha —exclamó de repente—. Durante unos días no vaya usted a la oficina... es más, quédese al lado de su familia y...

—No tengo familia —le interrumpió ella apresuradamente.

—Comprendo... Bien, quiero que se mantenga alejada lo más posible de la oficina y de Burnaby, al menos durante una semana.

—Pero ¿por qué?

Él encogió sus anchos hombros.

—Es posible que exista cierto peligro para usted si vuelve allí.

Bárbara se sobresaltó al escuchar semejante posibilidad.

—¿Peligro? —musitó con voz queda—. ¿Qué clase de peligro?

—No puedo ser más explícito por el momento, pero su jefe está metido en un asunto muy sucio. No le gustaría a usted que le alcanzasen las salpicaduras del escándalo, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Entonces haga lo que le digo. ¿Dónde vive usted, Bárbara?

—En el siete, tres, cinco de Jackson Avenue, en Queens...

—Muy bien, iré a verla allí cuando me sea posible. ¿De acuerdo?

—¿Por qué?

—¿Cómo?

—Le pregunto por qué quiere venir a verme a mi apartamento.

Un tanto turbado, Frank Carella gruñó:

—Bueno... deseo estar seguro de que sigue usted bien, eso es todo.

—Debí suponerlo.

—No entiendo...

—Mejor así. Perfecto, señor Carella; me quedaré en casa aguardando que usted venga a comprobar mi buen estado de salud. Y ahora, si no he de volver a la oficina deseo marcharme.

—Naturalmente...

Pagó los cafés y la acompañó hasta la calle. En la acera se pararon, uno frente al otro, mirándose fijamente. Al fin, él murmuró:

—También iré a Queens por el placer de volverla a ver. Bárbara...

—Eso está mejor —sonrió la muchacha—. Le esperaré. Quizá entonces quiera usted explicarme qué sucede realmente alrededor de mi jefe...

Estrechó la mano, le volvió la espalda y se alejó a buen paso, con aquel andar suyo suave y armonioso que parecía rozar apenas el suelo.

Ahogando un juramento entre dientes, Carella se encaminó

hacia donde había dejado el coche. Iba pensando en la hermosa pelirroja y en algunas cosas más, mucho menos agradables.

Peter Brett deslizó su auto hasta la acera, casi pegado a la trasera del «Buick Electra». Vio a George Burnaby saltar fuera del vehículo y entrar apresuradamente en una casa de sencillo aspecto, encajada entre dos impresionantes moles de cemento que se elevaban hacia las nubes como dos flechas.

Recordó lo sucedido pocas horas antes a Johnny y escrutó los alrededores sin que pudiera advertir la menor señal de peligro.

Desde que, apostado ante el edificio de oficinas, viera salir a Burnaby como alma que lleva el diablo no se había despegado de sus talones. Ésa era la primera parada en su apresurado recorrido, y Peter Brett dudó entre aguardar en el coche o entrar también en la casa a fin de ver con quién se reunía el perseguido. No obstante, no quiso correr más riesgos que los necesarios y decidió esperar en la calle, tras anotar la dirección del edificio visitado por el agente de Bolsa.

Cuando éste volvió a aparecer, lo hizo con más calma que al llegar. Andaba con pasos mesurados, reflexivo y tranquilo. Brett se preguntó a qué era debido aquel cambio.

Vio a su perseguido entrar de nuevo en su coche, apartarlo de la acera y proseguir el viaje rumbo a la parte alta de Manhattan.

Siguió pegado a su cola, pero sin descuidar la vigilancia por si a su vez era seguido por el fatídico par de pistoleros que habían estado a punto de acabar con Johnny.

A pesar de que no pudo captar ninguna señal de peligro, no por eso decreció su desconfianza. Le parecía muy difícil que Burnaby fuera una presa tan fácil para un perseguidor, especialmente después de lo sucedido la noche anterior.

Brett iba reflexionando en todo esto cuando el «Electra» dobló una esquina, aceleró un poco la marcha y fue a detenerse cerca de lo que tenía todas las trazas de ser un gran almacén, a espaldas de los muelles.

Burnaby descendió del coche, se detuvo en la acera y por primera vez dio un tímido vistazo a su alrededor. Brett condujo calle abajo hasta estacionar el auto en la esquina. Entonces lo abandonó y volvió atrás, a tiempo de ver a su perseguido entrar en aquel almacén por una pequeña puerta adosada al lado del enorme

portón corredizo.

La mente de Peter Brett funcionaba a plena satisfacción, y sus pensamientos pusieron una fría sonrisa en sus labios delgados.

—Adelante, le dijo la araña a la mosca —musitó para sí al detenerse frente a la puertecita.

Empujó cuidadosamente y notó que cedía sin un chirrido. Casi dio un salto atrás al ver el oscuro interior. Luego, decidiéndose, cruzó la entrada y cerró otra vez a sus espaldas, quedándose pegado a la puerta, escuchando atentamente.

No pudo percibir el menor ruido. Miró a su alrededor y vio que había infinidad de bultos y cajas de embalaje arrimadas a las paredes. También en el centro se elevaban grandes estibas de mercancías formando callejones. Todo estaba sumido en una semipenumbra gris en la que flotaba el polvo. La única luz reinante procedía de una gran claraboya muy sucia, que ocupaba una parte del techo.

Preguntándose dónde se habría metido su perseguido, Brett avanzó con infinitas precauciones por entre los bultos almacenados. Sabía que algo iba a suceder en cualquier momento, que todo aquello no era más que una especie de encerrona; no obstante, ese convencimiento no lograba disipar su incertidumbre, debida en buena parte a ignorar de dónde iba a proceder el riesgo...

Y surgió frente a él, en una aparición fantasmagórica. El hombre se materializó como surgido de la tierra. Empuñaba una automática y su aspecto era el de quien sabe perfectamente qué hacer con una pistola de gran calibre.

—Muy bien, pichón —gruñó la aparición—. No te muevas ni una pulgada...

Peter permaneció inmóvil. Sólo dijo:

—¿Cuál es el siguiente número?

—Levanta los brazos.

—Como en el cine...

—¡Arriba las manos, estúpido!

Las levantó despacio. Alguien se le acercó por detrás. Primero creyó que se trataba de Burnaby, cuando el segundo pistolero se colocó a su lado, vio que se había equivocado.

—Seguro que lleva armas, Bill —graznó el de la pistola—. Regístralo.

Una mano se deslizó por el costado de Brett, tanteando los lugares susceptibles de ocultar un arma. Peter tensó los músculos, y cuando aquella mano intentó deslizarse por su cintura, las suyas cayeron como garras sobre el brazo de su enemigo, al mismo tiempo que giraba vertiginosamente y el de la pistola disparaba una vez.

Notó cómo el corpachón que mantenía sujeto acusaba el impacto de la gruesa bala. Lo sostuvo a modo de escudo, pero le pesaba tanto que temió no poder sostenerlo. Indudablemente, estaba muerto.

El otro pistolero lanzó un rugido de furor al advertir su trágico error. Entonces vio que el intruso sacaba un revólver de cañón corto y retrocedió de un salto, buscando la protección de los fardos, y desde allí le mandó otro proyectil al hombre que se escudaba detrás del corpachón muerto de su compañero.

Brett notó que también ese impacto se hundía en el cadáver. De un salto, se hizo a un lado dejando caer el peso muerto, y acurrucándose detrás de unas cajas esperó la oportunidad de devolverle el fuego al pistolero.

Le hubiera gustado saber dónde estaba Burnaby. Si el hombre decidía intervenir en la batalla, él se vería envuelto en dos fuegos, de manera que semejante perspectiva puso escalofríos en su piel.

Pasó casi un minuto en completo silencio. Sólo los lejanos rumores del río y algún que otro coche al pasar por la calle le recordaban que, a pesar de la situación, seguían en medio de la ciudad.

Peter hizo un disparo sólo para provocar al otro. Vio saltar un trozo de fardo que servía de parapeto al pistolero, pero éste no dio señales de vida.

Impaciente, Brett se irguió poco a poco. Justo cuando asomaba la cabeza una bala zumbó junto a sus cabellos.

Pero había podido localizar el nuevo emplazamiento de su enemigo, así que también cambió de posición y aguardó conteniendo basta la respiración.

Y su paciencia obtuvo un buen resultado. El pistolero, dominado por los nervios, volvió a su refugio primero, junto al fardo. Allí, asomó la cabeza con infinito cuidado, manteniendo la automática ante él dispuesta para fusilar al intruso.

Nunca supo que moría. Tal vez, ni siquiera escuchó el seco estampido del «Colt-Cobra» de Peter cuando vomitó la muerte envuelta en roja llamarada.

La bala del 38 se incrustó con un chasquido en medio de su frente, empujándole hacia atrás y arriba, de manera que dio una voltereta trágica antes de desplomarse al suelo, inerte.

Suspirando resignadamente, Peter Brett abandonó su trinchera para acercarse al caído. Tal como ya sospechaba, no llevaba nada en los bolsillos, ni el menor asomo de su identidad.

Comprobó que los bolsillos del otro estaban igualmente vacíos, y sólo entonces se decidió a buscar a Burnaby.

Fue inútil. El agente de Bolsa debía haberse marchado por otra puerta una vez cumplida su misión de anzuelo. Peter volvió atrás para comprobarlo, y en efecto, advirtió que el «Buick Electra» ya no estaba en la calle.

Con un gruñido de disgusto, Brett regresó a su auto y pensó que a Carella no le gustaría nada aquella manera de sucederse los acontecimientos...

CAPÍTULO V

EL CIENTÍFICO

Frank Carella colgó el receptor del teléfono y se volvió de cara a Brett, que estaba sentado en el borde del lecho. En una butaca, Johnny Rugolo fumaba en silencio. Algunas telas adhesivas surcaban su cara y cuello, mudo indicio del paso de las esquiras de cristal.

—El «Viejo» no se siente feliz esta tarde —gruñó Carella, encendiendo un cigarrillo—. Más bien parece como si estuviera furioso con nosotros.

—Siempre está furioso por una cosa u otra —rezongó Johnny—. Imagino que el día menos pensado se despertará con una hermosa úlcera en el estómago.

—A juzgar por su humor actual, ya la tiene —masculló Frank entre dientes—. Bien, Brett; déjame decirte que fuiste un tonto al meterle de cabeza en una trampa tan burda.

—Bueno, quise cerciorarme de cómo la habían preparado... pero espera que le eche la vista encima a ese bastardo y sus acciones, seguro que bajarán hasta la cloaca...

—Lo difícil será volver a localizarlo, pero no importa. Tengo otro trabajo para ti.

—No pensarás dejarme en tierra, ¿eh, Frank? —exclamó Rugolo, incorporándose.

—Hay un tipo para cada uno de vosotros. Financieros tejanos... Linn Burke está ocupándose del suyo, cuyo nombre es Kilkwood. El tuyo se llama Cromwell, Peter. Quiero saber todo lo que sea posible de él. Puedes empezar desde sus años de escuela, hasta ahora.

—¿Y quién es mi candidato? —quiso saber Rugolo.

—Abner Lancaster. Todos ellos están relacionados con Burnaby

de una forma o de otra, y éste le habló a Lemming de un grupo de financieros tejanos, de manera que vamos a ver qué relación tienen ellos con el asesinato y el intento de compra de las acciones.

—*Okay* —Brett se enfundó la chaqueta, como disponiéndose a empezar la tarea, pero la voz de Carella le detuvo.

—Es muy importante la dirección en torno a esa gente, pero lo es más todavía obtener resultados. Una de las cosas que es preciso averiguar, es si cualquiera de ellos, o todos, tienen algún contacto con Charles Dunbar.

—¿El *gángster*? —Gruñó Rugolo.

—En efecto. Burnaby sí lo conoce, y no creo que sea porque Dunbar especule en la Bolsa. Y ahora, en marcha.

—¿Te reservas otro tejano para ti, Frank?

—No hay más tejanos en este asunto, que yo sepa. No; el «Viejo» acaba de decirme que el socio de Lemming está aquí, en el «Hotel Sherathon». Iré a entrevistarlos.

Al quedar solo, Carella se entretuvo todavía unos instantes dando vueltas por el apartamento que les servía de punto de reunión cuando estaban en la ciudad. Reflexionó profundamente sobre el absurdo comportamiento del agente de Bolsa, en la manera tan ridícula como le había obligado a delatarse perdiendo el control de sus nervios... y acabó reconociendo que todo el comportamiento de Burnaby era una cadena de absurdos.

Lo único real en él era su miedo. Decididamente, no era un hombre de acción.

Finalmente, abandonó también aquellas habitaciones preguntándose qué clase de hombre sería el socio de Lemming.

En realidad, Randall era un tipo pequeño y delgado, con una gran cabeza calva, unos ojos vivos detrás de sus gafas sin montura y un bigote poblado, gris y descuidado que le daba aspecto de foca.

Carella le miró, sin disimular apenas su asombro.

—¿El señor Randall? —preguntó, para asegurarse de que aquél era realmente uno de los físicos más eminentes de la nación.

—Ése es mi nombre. Y usted, ¿quién es?

Sonrió.

—Su socio, el desgraciado señor Lemming, confió sus preocupaciones al secretario de Justicia. Él me comisionó para que investigara qué había de cierto en las sospechas de Brian Lemming.

Sigo trabajando en el asunto, a pesar del crimen.

—Ésa es la razón de que haya abandonado en estos momentos los laboratorios... para asistir a los funerales de mi amigo y socio. No obstante, no comprendo qué está investigando usted si no es policía... Porque supongo que es la policía quien sigue el rastro del asesino.

—En efecto, sólo que no hay ningún rastro para seguir. Mi intervención se limita a averiguar qué hay de cierto en las sospechas del señor Lemming referentes a la Bolsa.

—Comprendo. Me habló por teléfono de esa baja artificial...

—¿Cuándo fue eso?

—Anteayer. Llamó al laboratorio para pedir ciertos datos. Aproveché para hablar con él unos minutos y entonces fue cuando me informó del espectacular descenso de algunos valores.

—Ya veo... Supongo que se refiere usted al laboratorio del norte de Michigan...

El físico enarcó sus pobladas cejas.

—¿Cómo sabe usted dónde está ese laboratorio?

—El señor Lemming me habló de él, aunque sin revelarme su situación exacta.

—Comprendo. Bien, dígame qué puedo hacer por usted. Mi tiempo está fiscalizado al segundo, de manera que le ruego sea todo lo breve que pueda.

—Su socio me habló también de su sistema de trabajo, concretamente, de la manera cómo los científicos que trabajan en sus proyectos atómicos la hacen por equipos aislados, a fin de que ninguno de ellos pueda saber de qué trata la totalidad del proyecto.

—Eso es cierto; sólo Brian y yo mismo poseemos la totalidad del material necesario para formar un todo. Me refiero, claro está, a planos, cifras y fórmulas.

—¿Cómo confrontan ustedes sus perspectivas partes?

—Reuniéndonos con regularidad, naturalmente.

—Veamos si he comprendido bien... Con los planos, fórmulas y todo lo demás que obra en poder de usted en este momento, ¿está usted en condiciones de diseñar lo que sea que están tratando de fabricar?

—No.

—¿Por qué?

—Creí que me había comprendido usted... Porque Brian conserva... conservaba la otra mitad de documentos en su poder. Sólo uniéndolos a los míos queda todo a la vista, claramente explicado.

—Ya veo.

—Pero ahora me temo que hayan surgido tremendas dificultades para llevar adelante nuestro proyecto. Las llaves han desaparecido.

—¿Qué llaves?

—Las de Brian, correspondientes a la caja fuerte de su domicilio. Es allí donde los documentos eran guardados después de cada reunión.

—Y ahora, ¿ya no están allí?

—No puedo saberlo. Pero la policía me ha informado que no se encontró ninguna llave en los bolsillos del pobre Brian. ¿Quién podía tener interés en robárselas?

—Pudo haberlas olvidado en alguna parte...

—Rotundamente no. Jamás se separaba de ellas.

—En ese caso será preciso abrir esa caja para saber a qué atenernos. ¿Hay herederos del señor Lemming?

—Ninguno que yo sepa.

Carella se confesó que no adelantaba nada por ese lado tampoco.

—Pasamos a otro asunto si le parece bien. ¿Qué significa el nombre de George Burnaby para usted?

El físico no necesitó pensarlo dos veces.

—El de un loco o un sinvergüenza.

—Explíquese, por favor.

—Ese individuo que acaba de nombrar hizo llegar una oferta hasta mí. Quería comprarme mis acciones de «Lemming & Randall»...

¡Mis propias acciones de mi compañía! Estaba loco.

—¿Llegó usted a conocerlo personalmente?

—No, nunca lo vi.

—La misma oferta le pasó al señor Lemming.

—¿No lo digo? Loco de atar...

—No creo que estuviera loco, en absoluto. ¿De qué manera hizo llegar su oferta hasta usted?

—Verá, cuando voy a Detroit acostumbro alojarme siempre en el

mismo hotel. Y voy bastante a menudo, usted sabe... Bien, la última vez había acudido a la ciudad para recoger unos aparatos de laboratorio que acababan de llegar. Era algo sumamente frágil y delicado, de modo que quise encargarme personalmente de su recepción y traslado. Pues bien, en el hotel encontré la carta de Burnaby esperándome.

—¿Cómo reaccionó usted?

—Mandándolo al demonio, naturalmente.

—Ya veo. Supongo que ha pensado usted qué puede esconderse detrás de esas ofertas y esas bajas artificiales de valores, ¿no es cierto?

—Bueno, le confieso que me han preocupado...

—Por supuesto, le creo. Bien, ¿cree usted que todo está encaminado a conseguir el control de la «Lemming & Randall»?

—¿Apoderarse de nuestra corporación? —se asombró el científico, estupefacto—. No hablará usted en serio...

—Muy en serio, señor Randall.

—Bueno, planteado así, de una forma tan brutal, se me antoja un desatino.

—Pero ustedes están trabajando en un proyecto secreto que puede reportarles una fortuna inmensa, incalculable, ¿no es así?

—Bien... veo que Brian depositó mucha confianza en usted, señor Carella...

—No toda la que hubiese necesitado, pero no me quejo. ¿Piensa permanecer usted mucho tiempo en Nueva York?

—No, en absoluto. Tan pronto terminen los trámites testamentarios del pobre Brian regresaré a los laboratorios. Hago falta allí. Aunque, ahora falta ver cómo seguiremos adelante si el testamento no es como deseo.

—¿También usted posee acciones de la «Corporación Haskell»?

Un tanto sorprendido, el físico miró a Carella casi con reproche.

—¿Cree usted que yo me dedico a especular en la Bolsa? —le espetó secamente.

—Es sólo una pregunta...

—Bien, pues no. Las únicas acciones que tengo son las de mi propia compañía. Y la de Brian, claro.

—¿A qué clase de fabricación se dedica la «Haskell»?

—Bueno, toda una gama de productos de alta precisión... Inyectores para turbinas, piezas calibradas para motores a reacción... En realidad, posee una larga lista de fabricados.

—Comprendido. Ahora dígame, ¿cuántos científicos investigadores están trabajando en alguna fase de ese proyecto general y secreto?

—Unos cuarenta.

—¿Todos de absoluta confianza?

—Yo mismo respondo de todos y cada uno. Y Brian le hubiera respondido en los mismos términos de haberle sido formulada la pregunta.

—Un exceso de confianza, en esta clase de negocios, puede resultar arriesgado... No obstante, demos por buena su opinión. Ahora bien, hay que tener en cuenta que quien sea que ha matado al señor Lemming, estaba enterado de sus negocios... incluso de la existencia de esas llaves, si es que han desaparecido. En resumen, el asesino es alguien lo bastante allegado a esos laboratorios y factorías, como para saber poco más o menos la verdad de lo que están haciendo.

—No puedo creerlo... sería monstruoso que entre nosotros hubiese un traidor. Podría causar tanto daño...

—¿Muy grave?

—No quiero ni pensarlo. Pero retrasaría nuestro triunfo por lo menos un par de años más.

Carella meditó durante unos segundos. La sombría perspectiva no le gustó en absoluto. Le parecía que había algo más que el intento de compra de acciones detrás del asesinato...

Sobre todo, andando Charles Dunbar por en medio.

CAPÍTULO VI

CUANDO LAS COSAS SE COMPLICAN

Johnny Rugolo acababa de conseguir algunos datos adicionales sobre el financiero tejano que le había tocado en suerte, cuando vio a Burnaby.

Realmente, en aquellos instantes no pensaba en el agente de Bolsa. Su mente estaba demasiado ocupada barajando los informes conseguidos por medio del empleado del hotel donde se alojaba el acaudalado hombre de negocios. Había pagado un puñado de dinero por ellos, y ése era otro motivo de disgusto para él, de manera que comenzaba a preguntarse si no estaría desperdiciando el tiempo y el dinero, cuando George Burnaby salió por la puerta del servicio del hotel y anduvo presuroso acera adelante.

Al instante, las precauciones de Johnny se esfumaron. Olvidó por completo al financiero para dedicarse únicamente al hombre que había sido la causa de que, tanto él como Peter Brett, hubieran estado al borde de la muerte.

No le cupo duda alguna que Burnaby salía de entrevistarse con el tejano sobre el cual él estaba investigando. Pero desechó ese detalle, para ocuparse de él en otra ocasión y se lanzó detrás del agente de Bolsa.

No tardó mucho en darse cuenta del rumbo que seguía Burnaby. Se dirigía sin lugar a dudas, al «Domino Club». Johnny rechinó los dientes de furia, felicitándose al mismo tiempo por la oportunidad de ajustarle las cuentas a aquel pájaro que la suerte le deparaba.

Sólo que Burnaby no entró en el club por la puerta principal, sino que siguió adelante hasta el callejón lateral y desapareció por una puertecita sobre la que brillaba una pobre luz amarillenta.

Rugolo esperó medio minuto y luego empujó la puerta, entrando

en un largo y oscuro pasillo. Hasta él llegó el amortiguado sonido de la orquesta, pero no pudo ver ni rastro del agente de Bolsa.

Pensó que, habiéndose decidido a entrar por aquella puerta, no era probable que el hombre se dirigiera al salón de baile, sino que su meta debía ser alguna dependencia interior, o tal vez un despacho. Había varias puertas a ambos lados del pasillo, pero las que probó a abrir se le resistieron. Burnaby no estaba tras ninguna de ellas.

Prosiguió su lento avance, basta llegar a un punto donde el pasillo se bifurcaba. Allí se oía la música con mucha más claridad procedente de la izquierda.

Johnny decidió probar primero el trozo de pasadizo de la izquierda, más alejado del establecimiento.

Justo cuando daba el primer paso en aquella dirección, una puerta hacia la que extendía la mano se abrió y salieron dos hombres. Uno era bajo y de aspecto simiesco, con enormes hombros y grandes manos. El otro se le parecía un poco en cuanto a su aspecto general, sólo que era más alto.

Los tres quedaron inmóviles, suspensos por la sorpresa. Luego, Johnny intentó retroceder, pero los dos aparecidos tan inesperadamente saltaron sobre él como guiados por una voluntad común.

No le dieron la menor oportunidad, demostrando que no eran simples aficionados en aquellas lides. Johnny consiguió disparar un rodillazo contra el bajo vientre de uno de ellos, que se dobló con un aullido de dolor, pero el otro le conectó un trallazo que le dejó sin respiración.

Todavía jadeaba en busca de un soplo de aire, cuando el gran puño de su enemigo se abatió sobre él por segunda vez. Estalló contra su sien y Johnny rebotó igual que una pelota, derrumbándose entre una llamarada de dolor que paralizó todos sus miembros, sumiéndote en una neblina de inconsciencia...

Cuando aquella especie de niebla que entorpecía su mente se aclaró, se encontró en un cuarto lleno de trastos viejos y cajones de licor vacíos. Le habían sentado sobre uno de ellos y se tambaleaba como un beodo, a punto de caer de bruces.

Los dos gorilas que le habían capturado estaban uno a cada lado, vigilantes. Sentado en otro cajón, Charles Dunbar le miraba con

ojos desapasionados, aparentemente aburrido de lo que veía.

—¿Puedes oírme? —preguntó con voz neutra.

—Espero que alguien me aclare qué significa esto —gruñó Rugolo.

—Seguro que te lo aclararé, pero primero deberás satisfacer mi curiosidad. ¿Qué buscabas ahí fuera?

—Me extravié.

—No empieces con embustes, viejo. Has entrado por la puerta de servicio, ¿por qué?

—Tonterías, estaba en el salón y...

—Dale.

La seca orden dotó de movimiento a uno de los vigilantes gorilas. Cuando Johnny quiso esquivar fue demasiado tarde y algo semejante a un trueno explotó en su oído, donde el matón acababa de propinarle un terrible golpe con la mano plana.

Cayó de rodillas, fuera del cajón, gimiendo y con todo el dolor del infierno latiendo dentro de su cráneo.

—No estás tratando con aficionados. Quiero saber qué buscabas, por qué has entrado por esa puerta... ¿o quizá seguías a Burnaby?

Había sarcasmo en aquella voz, un sarcasmo respaldado por la seguridad de saberse dueño de la situación.

Dolorosamente, Johnny volvió a sentarse sobre el cajón, apretándose la cabeza con las manos. Tanteó su costado con el codo, para asegurarse de que le habían desarmado. No se sorprendió cuando comprobó que la funda de su «Webley» estaba vacía.

—¿Quién es Burnaby? —jadeó con voz débil.

—Lo sabes perfectamente, muchacho. Quien no sabe tanto de ti soy yo, y quiero enterarme. Por ejemplo, ¿quién te paga para que espíes a Burnaby? No voy a creer que estás trabajando gratuitamente...

—Pierdes el tiempo...

—Yo creo que no, sólo que será más divertido. Tú, Duke, encárgate de ablandarlo.

El gorila rechoncho enseñó los dientes amarillentos con una mueca bestial.

—¿Sin límites, patrón?

—Como quieras, sólo que no me interesa que lo mates...

todavía. Primero tiene que decirnos para quién trabaja, si está al lado de ese fulano llamado Carella y algunas cosas más. Pero empieza ya.

Rugolo ladeó la cabeza. Vio al pistolero soltarse el cinturón, uno de cuyos extremos arrolló a su mano derecha, precisamente el extremo opuesto a la hebilla.

Comprendió lo que iba a seguir y se estremeció. Deseó que pudiera perder el conocimiento a los primeros golpes, de lo contrario aquello sería un infierno...

La correa silbó en el aire; luego, restalló contra su espalda y la hebilla arrancó trozos de tela, pedazos de piel y la primera sangre surgió mezclándole con el gemido de Johnny Rugolo, que se desplomó de bruces.

—¡Bravo, Duke! —aulló el *gángster*—. ¡Sigue, dale más... más!

De nuevo zumbó la correa, una y otra vez...

Y Johnny no consiguió quedar inconsciente tan pronto como deseaba, y al fin, roto el dique de su voluntad, aulló salvajemente, revolviéndose en el suelo, entre el silbido del cuero y los gritos bestiales de Dunbar animando a su verdugo a sueldo.

Carella se detuvo en la acera, junto a su coche. En su mente estaba barajando los escasos informes obtenidos del socio de Lemming. Llegó a una arriesgada conclusión que precisaba ser comprobada, mas al disponerse a subir al auto, recordó a Bárbara y se detuvo. Una inexplicable inquietud le asaltó.

Instantes después, habiendo tomado una determinación, condujo recto hacia Queens, rumbo a la dirección que le diera la muchacha.

Era una casa de apartamentos, con los timbres a un lado de la puerta bajo las correspondientes tarjetas. Carella oprimió el de Bárbara Taylor y aguardó con impaciencia.

Hasta la tercera llamada no sonó el característico chasquido de la cerradura automática. Entró, dirigiéndose a la escalera.

Ella estaba esperándole en el umbral de su apartamento, envuelta en una vaporosa *negligée* que flotaba a su alrededor como un girón de niebla, conviniendo a la muchacha en algo frágil y hermoso como un bello sueño.

—¡Usted! —exclamó ella con voz queda.

—Le dije que vendría.

—Pero no imaginé que sus horas de visita eran tan... Bueno, tan avanzadas. Pero entre o los vecinos comenzarán a protestar.

Pasó junto a ella, llenándose de su fragancia y la muchacha cerró la puerta en silencio.

—¿Más preguntas? —inquirió con ironía.

—Sólo algunas...

—¿No quiere sentarse?

—Sí... este... lamento haberla sacado de la cama a estas horas. Ha sido un impulso repentino lo que me ha llevado aquí.

—Me alegro que lo haya hecho.

Desconcertado, él la miró y ante la provocativa belleza de la muchacha sintió una ola de calor extenderse por sus miembros.

—No comprendo —balbuceó.

—Me sentía muy sola, usted sabe... y pensaba que mañana no tenía que acudir a la oficina y cuanto más pensaba en todo esto más me desvelaba. Bien, sea usted bien venido, señor Carella.

—Por favor, nada de formulismos, ¿quiere?

—Bueno, temo que no pueda discutir con usted. ¿Qué nuevas preguntas se le han ocurrido ahora?

—En primer Jugar, ¿ha tenido noticias de su jefe?

—Me ha telefoneado esta tarde...

—¿Aquí?

—Sí.

—Sorprendente. ¿Que quería?

—Me ha advertido muy correctamente que no debo volver a la oficina hasta que él lo indique. Me avisará, ¿entiende?

Carella asintió con un gesto y ella prosiguió:

—Tras esto, ha intentado explicar su escapada del despacho, pero no he conseguido entender apenas nada. Luego, me ha dicho que no debo hablar con nadie, no debo contestar preguntas... y, sobre todo, no debo acceder a hablar con usted.

—Ya veo... ¿la ha amenazado en alguna forma?

—Bueno, no ha sido realmente una amenaza...

—Cuénteme.

—No es algo que pueda explicarse con palabras. Era más bien su tono al darme a entender que me convenía seguir sus instrucciones. Por unos instantes he creído estar hablando con alguien que no era mi jefe.

—Entiendo perfectamente. Una de esas amenazas le fue hecha a Brian Lemming.

—¿A quién?

—A un financiero llamado Lemming. Fue asesinado.

—Ahora recuerdo que he oído algo de eso en la radio... Eh, un momento, ¿intenta meterme el miedo en el cuerpo?

Él movió la cabeza.

—Sólo trato de advertirla.

—Pues ha conseguido asustarme. Lo ha dicho como si creyera que a mí me iba a suceder lo mismo... o como si quisiera dar a entender que el asesino era el señor Burnaby.

—Bien podría ser el. La amenaza le fue hecha cuando se negó a vender una gran cantidad de acciones a su jefe, Bárbara.

—¡Oh!

—¿Le oyó hablar alguna vez de Brian Lemming con cualquiera de sus visitantes?

—No...

—Hay un hombre llamado Charles Dunbar. ¿Ha estado alguna vez en el despacho como cliente?

—¿Dunbar? Sí, lo recuerdo; es un cliente del señor Burnaby.

—De manera que un cliente, ¿eh?

—Seguro.

—En todo, es un tipo de cliente de los que no compran acciones.

—Está equivocado. Él compró muchos valores en dos ocasiones. Yo extendí los certificados.

Carella se enderezó, sorprendido.

—¿No hay posibilidad de error, Bárbara?

—En absoluto. Recuerdo muy bien lo que escribí. Dos inversiones por un valor de trescientos mil dólares.

Carella dejó escapar un tenue silbido.

—¿Recuerda también qué clase de valores compró por medio de su jefe, muchacha?

—Sé que fueron de distintas compañías... pero había algunos de «Corporación Haskell», y de «Consolidated» también. Bueno, los había de más firmas, pero no puedo recordarlo ahora.

—No es preciso que se esfuerce, Bárbara; con eso es suficiente. Pero no lo comprendo... Dunbar es todo lo que pueda imaginarse, menos nada bueno. No emplearía su dinero en un negocio lícito,

sólo como cuestión de principios. Antes se lo jugaría a los dados.

—Pero ¿quién es ese Dunbar realmente?

—Un *gángster*, un pistolero de la peor especie capaz de todos los crímenes.

—¡Dios santo!

—Ése es el gran cliente de su jefe, pequeña. Quizá ahora comprenda la necesidad de que adopte usted precauciones. Tanto Burnaby, como Duchar, pueden pensar que usted sabe más de la cuenta...

—¡Pero si no sé nada malo de ninguno de los dos, excepto lo que usted acaba de decirme!

—Pero eso, a ellos, no les consta.

—Claro, ya comprendo...

Él encendió un cigarrillo. Bárbara alargó la mano y se lo quitó de los labios para fumárselo ella. Carella encendió otro, murmurando:

—Perdone.

—Es usted un hombre extraño, aunque presumo que ya lo sabe.

—Olvídese de eso.

—No puedo.

—Está diciendo tonterías.

—Verá, he pensado mucho durante estas horas de encierro. Usted es un hombre con una voluntad de hierro, amargado a causa de algo que ignoro, pero completamente inexperto con las mujeres... ¿Lo ve? Si incluso se ruboriza...

—Tonterías. Debo irme ya.

Se levantó. Ella exhaló una bocanada de humo y también abandonó su asiento.

—¿Se ha enfadado porque le he dicho eso?

—No, naturalmente que no...

—Se ha molestado por lo menos.

—Le aseguro que no, Bárbara.

—Dígame, ¿quién es usted, o qué es, Frank?

—Adivínelo. Tendrá algo más con que distraerse durante sus horas de aburrimiento.

—Ya lo he intentado, pero no consigo situarlo... También me gustaría saber qué clase de vida es la suya, y por qué tiene esa expresión amarga, y...

—Es mejor que se preocupe por usted, pequeña.

—¿Volverá a verme? —le espetó al dirigirse a la puerta.

—Seguro.

—¿Cuándo?

—No puedo decírselo. Depende de cómo vayan las cosas.

—¿Por qué le han entrado de repente tantas prisas, Frank?

Él se detuvo, ya con la mano en el pomo de la puerta. Sonrió suavemente.

—Tiene usted ganas de jugar, ¿verdad?

—No, pero ha decidido marcharse tan de repente... Creo que he sido muy indiscreta.

—Le aseguro que tengo que realizar una gestión esta noche... algo importante.

Ella sacudió la cabeza, con lo cual su cabellera como una llama, pareció incendiarse con reflejos de fuego.

—Me considera una niña, ¿verdad? Una chiquilla indiscreta...

Él sonrió.

—Menos lo de indiscreta, acierta.

—Comprendo.

Él abrió la puerta. Súbitamente, ella puso su mano sobre el recio brazo del hombre.

—¿Está seguro que no puede quedarse un poco más? Me siento tan sola... y ahora tengo miedo.

—Debo irme...

—Pero... ¿por qué tan pronto?

—He de ver a Dunbar esta noche, y he de encontrarlo en el club antes que lo cierren. Es el único lugar donde sé seguro que lo encontraré.

—¿Por qué?

—Porque, aunque no consta públicamente, él es el propietario. Adiós, Bárbara...

—Tenga cuidado.

Él se alejó casi huyendo. Pensó que debía haberla besado. Era casi seguro que ella lo esperaba... ¿qué demonios estaba ocurriéndole? Después de aquellos años de haber desterrado todo sentimentalismo, concentrado en sus recuerdos amargos de otra mujer, de repente se daba cuenta que ni con el paso del tiempo, había conseguido inmunizarse contra los sentimientos.

Cuando apartó el coche de la acera lo hizo con más brusquedad de la acostumbrada. Luego, emprendió la marcha muy pensativo...

CAPÍTULO VII

SUCURSAL DEL INFIERNO

Carella penetró en el club con sus sentidos alerta. Sin embargo, no logró ver a Dunbar ni a ninguno de sus perros guardianes. No obstante, Dunbar debía encontrarse en alguna parte del local, debido a que se acercaba la hora del cierre y el *gángster* era un tipo que no confiaba ni en su sombra a la hora de las liquidaciones.

Se detuvo junto a la barra, pero no se decidió a tomar nada. Prosiguió su marcha hasta el fondo del salón de baile, donde, cerca de la orquesta, estaba la puerta que comunicaba con los camerinos y el despacho del propietario. La empujó y entró.

Oyó risas en uno de los camerinos. Alegres risas de mujer y palabras que no entendió. Siguió avanzando, cerciorándole de que ninguna de aquellas puertas correspondía a la oficina de Charles Dunbar.

No fue hasta que llegó a la desviación, allí donde el pasillo se unía a otro más oscuro, que oyó el débil lamento. Se estremeció contra su voluntad porque aquella voz contenía todo el dolor del infierno y todo el agotamiento de la muerte.

Precavidamente, extrajo su tremenda «Magnum 389» y adelantó unos pasos sigilosamente, deteniéndose ante la primera puerta. Probó el tirador y la puerta giró en silencio. Vio un despacho bien instalado, pero desierto.

La cerró y siguió adelante. Entonces escuchó un raro chasquido, una especie de estampido de cuero en el aire... Casi pegó un respingo al comprender.

Tras el espeluznante sonido hubo otro lamento agónico, y una voz impaciente que dijo:

—¿Qué clase de imbécil eres tú, condenación? Vas a dejar que te

maten antes que responderme...

Otra voz, apenas un gorgoteo, replicó:

—Al diablo... hijo... de perra...

—¡Acaba con él, Duke, destróvalo!

Pero Carella ya estaba debatiéndose entre todas las furias de la locura, porque había reconocido aquella voz agónica.

¡Johnny Rugolo!

Retrocedió un paso, tomando impulso, descargó un patadón tremendo contra la puerta. Hubo un estrépito cuando la madera se estrelló contra la pared, casi saltando de sus goznes. En pleno estrépito, Carella saltó dentro del cuarto.

—¡Al suelo, Johnny! —aulló como un loco.

En una décima de segundo captó todo el horror de aquel cuadro.

Su grito era innecesario, por cuanto Johnny estaba caído de bruces, con las ropas hechas jirones, casi desnudo. Su espalda era una llaga viva de la que brotaban multitud de riachuelos de sangre. Y había sangre en sus cabellos, en las piernas y sobre las sucias baldosas.

Junto a él, un hombre rechoncho y fuerte sostenía en la mano un ensangrentado cinturón de cuya hebilla se desprendían rojas gotas que iban a unirse a la mancha del suelo. El hombre estaba igual que petrificado.

Otro tipo luchaba por sacar algo de la axila. Rugiendo de furor, con un velo de sangre ante sus ojos, Carella apretó el gatillo y la «Magnum» rugió igual que un cañón entre aquellas paredes.

El tipo jamás consiguió sacar su arma. Sintió un espantoso golpe en el estómago, como si una enorme garra de acero la desgarrara las entrañas, y notó cómo sus pies perdían contacto con el suelo, empujado brutalmente por el enorme proyectil. Cayó de espaldas, rugiendo de dolor...

Charles Dunbar estaba levantándose lentamente, como en una película lenta. Pero su mano fue más rápida que la de su pistolero y consiguió empuñar un pequeño revólver con el que disparó alocadamente.

Todo lo que consiguió fue atraer el furor de Carella sobre él. La «Magnum» bramó una vez más y el revólver voló de su mano, junto con buena parte de los dedos. Empezaba a chillar de dolor cuando la segunda bala casi le arrancó el brazo de cuajo, rompiéndole los

huesos y arrojándole de cara contra la pared después de girar como una peonza.

Sólo entonces el hombre rechoncho pareció recobrar el movimiento. Dejó caer el cinturón y dio un sallo atrás en busca de la salida.

Carella, loco de furia por el aspecto de Johnny, no le dio la menor oportunidad. Tiró del disparador una vez tras otra, sumergiéndose en el horripilante estruendo del arma, sintiendo en sus fosas nasales el acre olor de la cordita y viendo al criminal rebotar contra el muro primero, caer de rodillas después, zarandeado salvajemente por los proyectiles, hasta que la última bala, entrando por su mejilla derecha le arrancó la mitad de la cara convirtiéndole en un espectáculo nauseabundo.

El pistolero herido en el vientre gemía desesperadamente, cada vez más débil. Dunbar acababa de desmayarse a causa del terrible dolor de sus heridas. Carella miró a su alrededor como un loco, buscando más enemigos a los que abatir.

Sólo la voz de su amigo y camarada le volvió a la realidad.

Johnny Rugolo jadeó:

—Buena batalla... Frank... ahora... sácame de aquí...

—¡Johnny, muchacho...!

Se inclinó, estremeciéndose ante el espectáculo.

—Sácame de aquí... —repitió Rugolo.

—Un momento...

Se acercó al desvanecido Dunbar y le dio la vuelta con un puntapié. Después le arrebató la americana sin contemplaciones, revoloteándolo por el suelo.

—Con esto podías cubrirte basta que lleguemos al coche. Lo malo será atravesar el salón... ¿no oyes el griterío?

—Hay otra salida... atrás...

—Magnífico. Agárrate a mí, Johnny...

Lo levantó como si fuera una pluma.

—¿Puedes andar?

—Si tú me sostienes seguro... Pero date prisa... o van a pillarnos aquí...

Cuando salieron al pasillo escucharon el rumor de multitud de pies y puertas que se abrían y cerraban, y voces excitadas, llenas de alarma.

Cuando por fin estuvieron acomodados en el coche de Carella, Rugolo gruñó:

—Siempre he dicho que tu maldita pistola hace demasiado ruido, Frank... has puesto en pie a toda la manzana...

—Al demonio con ellos...

Hundió el acelerador, alejándose a toda velocidad de la peligrosa vecindad del club. No lardaría en aparecer la policía.

—¿Por qué te azotaban, Johnny, y cómo se apoderaron de ti?

—Caí en sus manos como un novato... ¿No tendrás un trago por casualidad, muchacho?

—Ya sabes que no llevo botellas en el auto...

—Maldito puritano... Bueno, querían saber por cuenta de quién trabajaba, y quién era Frank Carella... cosas así, ¿comprendes?

—Ya lo creo.

Sintió un nudo en la garganta ante la heroica lealtad de Johnny. No dudó que hubiera dejado que le matasen antes que hablar.

—Pero les has ajustado las cuentas... vaya si los has arreglado...

—Dunbar todavía está vivo.

—No te hubiese perdonado si le hubieras matado. Me pertenece a mí, Frank.

—De acuerdo, es tuyo.

—Tengo que ajustarle mi propia cuenta personal, muchacho, y lo haré, seguro que lo haré...

Su voz se extinguió y Johnny quedó inconsciente. Con un gruñido de impaciencia, Carella pisoteó el acelerador hasta el fondo, arrancándole unas millas más al poderoso motor, con lo cual hizo añicos todas las disposiciones de tráfico de la ciudad, cosa que en verdad no le preocupó en aquellos instantes, acuciado por la urgencia de atender a Johnny cuanto antes.

Le miró con un extraño sentimiento de gratitud y admiración. Pocos hombres habrían resistido un castigo semejante...

Con orgullo, pensó que ellos no se contaban como los demás hombres.

«Los Justicieros» estaban obligados a ser mas que los otros... más duros, más implacables, más suicidas también... y más locos.

Esbozó una mueca. Después de todo, ¿por qué no?

Ésta era su vida y seguiría siéndolo hasta que una bala asesina la segara, algún día... quién sabe cuándo...

CAPÍTULO VIII

AMARGA SORPRESA

Cansado, Frank Carella se recostó contra el respaldo del diván y cerró los ojos. Absurdamente, pensó que si él no hubiese ido a perder el tiempo en el apartamento de Bárbara hubiera podido acudir mucho antes al «Domino» para ver a Dunbar, con lo cual Johnny Rugolo se hubiera ahorrado no pocos latigazos...

—¿Cansado? —Gruñó Peter Brett, deteniéndose junto a él.

—Un poco... ¿Qué hace el médico?

—Está terminando de vendar a Johnny... un poco más y lo convierte en una momia. Le ha aplicado un sedante para que duerma veinticuatro horas seguidas. Los hay con suerte —terminó con sorna.

—Sí, suerte... ¿Y Burke?

—Ha venido poco antes de tu llegada, pero se ha vuelto a marchar a toda prisa. Su tejano asistía a una reunión social esta noche.

—¿Algo interesante con el tuyo?

—En absoluto. Es un ambicioso hijo de perra que ha arruinado a más infelices que la depresión del veintinueve. Un marrullero, con demasiados millones en sus cuentas, demasiados pozos de petróleo y demasiadas mujeres a su alrededor. Me pregunto por qué demonios un hombre con tanto dinero todavía se amarga la vida para conseguir más.

Carella emitió un gruñido, pero la aparición del discreto doctor Warren le impidió replicar a tiempo.

El médico dijo:

—No tardará demasiado en curar por completo. Excepto una costilla resentida, todo lo demás son desgarros sin más importancia

que el terrible dolor. Ahora descansa. Yo volveré mañana para cambiarle los vendajes.

—Gracias, doc.

—¿Está seguro que no queda nadie más averiado aquí?

La burlona pregunta no obtuvo respuesta, de manera que el médico hizo un ademán de despedida y se fue.

—Qué gracioso —gruñó Brett de mal talante.

—Olvidalo. ¿Algo más sobre tu tejano?

—Nada más. Realmente, ha acudido al despacho de Burnaby en repelidas ocasiones desde que está en Nueva York, y el agente de Bolsa le ha llamado varias veces a su hotel, pero eso es todo.

—Que, en definitiva, no es nada. Me gustaría saber en dónde entra Charles Dunbar en este embrollo. Y sus trescientos mil dólares en acciones que actualmente están hundiéndose...

—Ahora que nombras a ese reptil... —Peter Brett rebuscó en sus bolsillos hasta que sacó un pedazo de papel—. He averiguado que el «Corvette» cuya matrícula te dio Johnny pertenece a ese bastardo.

Carella pegó un brinco que le llevó fuera del sofá.

—¿Qué has dicho?

Estupefacto, Brett contempló la demudada faz de su jefe.

—Caray, que el «Corvette» es propiedad de Charles Dunbar... nada más.

—Ni nada menos...

Había un tono ominoso en la voz de Carella, algo semejante al lejano retumbar del trueno. Impresionado, Peter Brett se le acercó.

—¿Qué sucede, muchacho? —indagó—. No comprendo una maldita palabra de todo esto... ¿Por qué te impresiona tanto esta noticia?

—Ella trabaja para Dunbar, maldita zorra.

—¿De quién estás hablando?

—De la pelirroja... Bárbara Taylor. Me he dejado engatusar como un perfecto imbécil.

De repente, se relajó y de nuevo dejóse caer en el diván, pensativo, con el ceño fruncido y la amarga expresión de su rostro agudizada. Pero en sus ojos había un brillo terrible que impresionó incluso a Peter Brett, buen conocedor de su jefe.

—*Okay* —masculló Peter—; una fulana con un lindo palmito ha intentado tomarte el pelo. Bien, no es el primer caso ni será el

último.

—No lo ha intentado, sino que lo ha conseguido. Maldita sea y yo he estado preocupándome de su seguridad... ¡Qué estúpido!

—Acabarás convenciéndote a ti mismo de que lo eres. ¿Por qué no vas a propinarle una azotaina donde más le duela, Frank? Después de eso te sentirías mejor.

—No es ése el remedio...

—¿Entonces...?

—Lo haré a mi manera.

Se disponía a salir cuando el teléfono escandalizó en la quietud del apartamento.

—Linn, seguro —masculló Brett, apoderándose del auricular.

No obstante, tan pronto se lo llevó al oído lo apartó con un gesto de alarma. Tapándolo con la otra mano murmuró:

—El «Viejo», Frank...

Carella tomó el teléfono. La voz del secretario de Justicia de los Estados Unidos, rezongó:

—¿Carella? Acabo de saber una noticia catastrófica. Los documentos y planos de Lemming han sido robados de su caja fuerte. Realmente, lo fueron poco después del crimen.

—Ya lo imaginaba.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir?

—La verdad es que estoy un poco alterado por los últimos acontecimientos, señor. ¿Prefiere que le informe ahora?

—Tan sólo de los puntos principales, ya veré el informe completo cuando lo redacte.

—Está bien, señor. En primer lugar, existe un grupo de financieros tejanos interesados en las acciones de «Lemming & Randall».

Son gente muy rica e influyente, de manera que debemos movernos con mucho cuidado. Después, parece que George Burnaby, un agente de Bolsa, juega con dos barajas en este asunto. Por una parte, representa a los tejanos, pero por otra actúa defendiendo los intereses de Charles Dunbar.

—¿El maleante?

—Justamente, señor.

—¿Qué puede decirme de la baja de valores?

—Muy poco, pero he observado un detalle curioso. Todas las

acciones que están desplomándose son piezas de precisión, instrumentos calibrados y otros accesorios electrónicos. ¿Le sugiere algo semejante coincidencia?

—Ya veo... No es ninguna coincidencia, ¿eh, Carella?

—Supongo que no. Los laboratorios del señor Lemming estaban a punto de dar cima a un proyecto sensacional... unas turbinas, o lo que fuere, capaces de producir energía dos veces más barata que la actual. ¿Comprende adónde vamos a parar?

—Naturalmente... alguien está interesado en apoderarse del control de

«Lemming & Randall

Corp.», al mismo tiempo que se dispone a hacerse con la mayoría de las acciones de las industrias subsidiarias, ¿es ésa su idea?

—Poco más o menos.

—Y bien, ¿quién está detrás de esa maniobra?

—No lo sé, señor. Seguimos investigando.

—Más vale que lo hagan, Carella. El pánico comienza a extenderse por los círculos bursátiles. Eso puede ser una catástrofe.

—Es justamente lo que alguien pretende, para comprar entonces todo el papel que salga a la venta a impulsos del miedo a perderlo todo. Una vez conseguido el papel, todas esas acciones volverían a su valor real en la fecha. Una jugada maestra.

—Y todo para apoderarse de una corporación financiera...

—Debe haber algo más detrás de todo esto, señor —opinó Carella, hablando lentamente—. Se han cometido crímenes y atentados. Lemming fue asesinado, pero a pesar de eso el criminal debía saber que no podría comprar el paquete de acciones de Brian Lemming después de matarlo. Debe haber algún heredero en alguna parte...

—Lo hay —fue la desconcertante respuesta.

Carella dio un respingo.

—¿Dónde, y quién es?

—Hay un hijo en alguna parte. Un hijo natural, por supuesto. Lemming era soltero, jamás quiso casarse. Pero tuvo un hijo hace muchos años. Aunque la madre haya muerto en la actualidad, creo que debe quedar algún documento del hecho capaz de probar la personalidad de esa persona.

—Ya veo... Usted era amigo de él, señor; ¿no tiene una idea de

dónde está el muchacho ahora?

—Brian jamás habló con nadie de ese episodio de su vida. Pero tengo entendido que sentía verdadera adoración por su vástago.

—¿Quién podría informarme de su paradero, señor?

—No lo sé... Es más, nadie sabe si es un chico o una chica. Quizá la vieja ama de llaves pudiera saberlo, pero murió hace ahora cinco o seis meses.

—Ya veo... Sea como sea, los albaceas no permitirán que nadie disponga de esas acciones hasta entrar en contacto con el hijo, de manera que por ese lado no hay problema alguno. Lo importante son los planos del financiero, y sus notas y fórmulas...

—¿Cree poder llevar a cabo una investigación por ese lado, muchacho?

—Lo dudo. Tropezaría forzosamente con la policía. Esto es cosa de ellos, así que les dejaremos que trabajen un poco.

—Me parece bien. Lo dejo en sus manos Carella. A propósito, he oído algo respecto a una batalla campal en cierto club nocturno, dos muertos y un herido al quien están operando a estas horas...

—¿De veras, señor? —Runruneó Carella.

—Esos rumores son muy insistentes, usted sabe. Parece ser que otro hombre fue brutalmente apaleado con un cinturón. Se ha encontrado éste con evidentes restos de sangre, y en el suelo había más sangre y trozos de vestidos masculinos.

—Es asombrosa la cantidad de cosas que ocurren en cada momento del día o de la noche, señor.

—Sólo que yo me preguntaba si ustedes tendrían algo que ver con todo esto...

—Pero, señor, ¿por quién nos toma?

—Ésa es una pregunta idiota y cuya respuesta le pondría a usted los pelos de punta. Voy a acostarme, sabe usted... Buenas noches, Carella.

—Buenos días en todo caso, señor.

Colgó, y luego estuvo paseando de un lado a otro del apartamento como un león enjaulado.

Brett comentó:

—No parecía muy furioso esta vez, ¿eh?

—Aguarda un poco y verás. Como esto siga así tendré que decirle que no sabemos una palabra de lo que está cociéndose bajo

nuestras narices.

—*Okay*, podré soportarlo. ¿Piensas volver a salir?

—Ahora mismo, Peter. No pienso esperar a que la niña se levante para darle la azotaina de que has hablado...

—Ajá, ahora empieza a parecerme que vuelves a imponerte sobre ti mismo...

De nuevo, el teléfono rompió el hilo del diálogo.

—¿A quién demonios...?

Brett lo descolgó, gruñó una frase convencional y escuchó. Luego dijo:

—Para ti, Frank. Es ese confidente llamado Wyatt. Dice que tiene una noticia que vale quinientos machacantes.

—Dame el aparato. ¿Qué hay, Wyatt? —gritó.

—¿Carella? Bueno, es un notición bomba para usted.

—¿Sí?

—Seguro.

—Está bien, dispara.

—¿Y la pasta? Quiero quinientos.

—Es demasiado dinero.

—Sabe usted bien que mis noticias lo valen. Siempre sé el terreno que piso y no le doy nada que no sea comprobado por mí.

—Muy bien, te escucho; luego juzgaré si vale esa cantidad o no.

—Usted debe saber que Dunbar ha sido llevado al hospital con un brazo convertido en una piltrafa...

—Lo sé. No irás a decirme que sabes quién ha hecho el trabajo.

El confidente pasó por alto el sarcasmo de aquella voz.

—Seguro, patrón...

—¿Quién?

—Usted.

Carella ya no tuvo ningún deseo de ironizar.

—¿De dónde has sacado esa idea?

—No es una idea. Ames de ser introducido en el quirófano, Charles Dunbar ha hecho circular una orden entre sus hombres. Una orden tajante.

—¿De veras? —refunfuñó Carella—. Deja ya da andarle con rodeos y dispara.

—Eso es lo que van a hacer esos contra usted...

—¿Qué?

—Dunbar sólo ha mandado a sus matones: «*Maten a Frank Carella, sea quien sea y esté donde esté*». ¿Cree que ese aviso vale los quinientos pavos, señor Carella?

Tras una corta pausa, dijo:

—De acuerdo, Wyatt. Los recibirás en el lugar de costumbre. Y sigue manteniendo las orejas abiertas a ver qué captas.

Colgó, preocupado, pero con un acerado brillo en sus pupilas grises.

—Dunbar me ha sentenciado a muerte —dijo suavemente.

Peter Brett pegó un salto.

—¿Qué?

—Acaba de contármelo Wyatt y tú sabes que sus informes siempre son de confianza.

—Bien, no es la primera vez que una pandilla de bastardos te sigue los pasos con la intención de mandarte al diablo, pero tomaremos precauciones.

—No tomaremos nada.

—¿Qué? ¡Eh, un momento...!

—Dejaremos todo como está por el momento. Luego... bien, les daremos lo que andan buscando.

Se encasquetó el sombrero y abandonó el apartamento ante la mirada preocupada de Peter Brett. Luego, éste entró en el dormitorio para asegurarse que Johnny dormía plácidamente. Hecho esto, apagó las luces y se tendió sobre el diván.

Por la ventana comenzaba a asomar el tibio resplandor del amanecer.

CAPÍTULO IX

UNA COSA SE ACLARA

La muchacha no pudo evitar un leve grito de alarma al ver a Carella plantado ante ella, en el umbral, justo cuando amanecía.

—¿Qué clase de sentido del humor es el suyo, Frank, para irrumpir aquí a semejantes horas? Y es la segunda vez en esta noche.

—¿Puedo pasar?

Ella vestía el mismo transparente atuendo que la primera vez que Carella la viera aquella noche. Resaltaba sugestiva y adorable, a pesar del huracán de sentimientos que zarandeaban a Carella.

—Por supuesto; entre.

Lo hizo. Ambos fueron a colocarse en los mismos lugares que en la entrevista anterior.

—Bueno, no me diga que no podía dormir pensando en mí, Frank —le espetó ella con burla—. Usted no es de éstos.

—¿A qué grupo pertenezco?

—Oh, bien. Usted es de los que se dejan impresionar profundamente la primera vez que ven a una mujer de cerca.

—¿Debía haberme dejado impresionar por usted acaso?

—¿Qué le pasa, Frank?

Ella se le acercó. Vio la tormenta que parecía agitarse en el fondo de las pupilas de acero y palideció, deteniéndose a un paso de él.

—Frank... ¿qué le pasa?

Repentinamente, con fuerza brutal, dejándose llevar por el furor y el despecho, Carella le propinó una terrible bofetada que la lanzó de bruces sobre el diván.

Ella no gritó ni alborotó al principio, quedose inmóvil, con la

seda de la *negligée* terriblemente revuelta, llorando. Luego, sin moverse todavía, balbuceó:

—¿Por qué, Frank, por qué lo ha hecho?

—Debería arrancarte la piel, pequeña zorra... De manera que estabas engatusándome con tus cuentos de miedo... Creía que estaba inmunizado contra ese maldito microbio, pero una vez más me he dejado vencer por unos hermosos ojos y un cuerpo armonioso y tentador como un estúpido.

—Frank...

Ella dio la vuelta y quedó sentada al borde de diván. Su cara estaba inundada de lágrimas. Una mancha de un vivo color rojo iba formándose con rápidos en su mejilla izquierda.

—Anda, representa otro acto de tu comedia particular... o pon en práctica la orden de tu amo. Vamos, ¿por qué no lo pruebas?

—¿Qué orden, de qué estás hablando?

—¿Es que no ha llegado basta ti la voz del todopoderoso Dunbar?

—Frank... ¡Dios mío, Frank!

—Ahora comprendes, ¿verdad? Bueno, ¿a qué esperas? Voy a repetirte la orden de tu amo...: «Maten o Carella, sea quien sea y esté donde esté». Una orden tajante, ¿verdad?

—¡No!

Llevóse las manos a la cara. Una mirada de espanto había subido hasta sus bellos ojos violáceos.

—¿No te atreves a hacerlo tú, preciosa?

—¡Frank, Frank, por favor...! No es lo que tú, crees...

—No empieces a mentir. Tú trabajas para Dunbar. Manejas su coche *sport*, el elegante «Corvette», con el cual sigues a su supuesto socio, ¿no es cierto? ¡Contesta! ¿No es cierto?

—Sí, pero...

—¿Por qué, maldita sea, por qué? Tú no eres una cualquiera como las que rodean a ese sucio hijo de perra... ¿Por qué?

—Deja que te explique...

Carella, ciego de ira, dio un paso adelante. Tenía los puños apretados basta blanquearle los nudillos.

—Debería aplastarle por mi propia mano —masculló con voz ronca, deteniéndose—. Lamento conservar ciertos escrúpulos todavía.

Ella apartó las manos de su enrojecida mejilla. Sus grandes ojos cargados de temor no se apartaban del duro rostro de Carella. Parecían recorrer cada sombra de sus facciones, cada uno de los palpitantes músculos, llenándose de su dureza, grabando a fuego aquellas facciones.

Él insistió con frío sarcasmo:

—¿No te atreves a cumplir la orden, Bárbara Taylor? Vamos, sólo debes apretar el gatillo... ¿O no tienes revólver?

—¡Frank, Frank... basta, por favor!

Carella introdujo la mano bajo la chaqueta y la sacó empuñando la terrorífica «Magnum». Con un gesto despectivo la arrojó sobre el regazo de la muchacha, donde rebotó cayendo sobre el diván.

—¡Tómala, estúpida! ¿Ves qué fácil? Una ligera presión...

—¡Basta!

Fue un chillido de bestia herida. Los sollozos arrancaron un largo gemido de su garganta y acabó cubriéndose la cara con las manos, por entre cuyos dedos escurrían las lágrimas.

Rechinando los dientes, Carella se acercó a ella. Iba a tomar la automática y a marcharse cuando ella susurró entre las lágrimas:

—No comprendes... Soy Bárbara Lemming, Frank, ahora sé que puedo confiar en ti...

El estupor le dejó clavado en el suelo como un poste, sin atreverse ni a respirar. Luego balbuceó como un niño cogido en falla:

—Lemming... ¡Bárbara Lemming!

Ella apartó las manos de la cara y le miró. Sus ojos relucían como dos estrellas.

—No sabía quién eras ni lo qué pretendías, Frank, no me atrevía a confiar en ti...

—Pero... el «Corvette» de Dunbar, tú trabajabas para él y para Burnaby.

—En realidad, sólo para Dunbar. Él me proporcionó el empleo en la oficina de Burnaby.

—Ya veo...

—¡No! ¿Crees que me puse contra mi padre?

—¿Qué otra cosa puede pensarse después de saber eso?

Ella sacudió la cabeza, desesperada.

—Deja que te cuente, siéntale, por favor. Tienes que

escucharme, Frank.

Contra su voluntad, él se dejó caer al lado de la muchacha y la miró, llenándose una vez más con su belleza, aspirando el suave perfume que se desprendía de su cuerpo prieto y juvenil...

—Te escucho —murmuró con voz enronquecida.

Ella suspiró. Instintivamente, sus manos se apoderaron de la fuerte garra del hombre apretándola contra su cuerpo.

—Deseé confiar en ti desde el primer día que entraste al despacho de Burnaby. No sabes cuánto necesitaba de alguien en quien poder descargar el temor que me consumía... Pero al principio creí que eras otro más como ellos, tan carente de escrúpulos como...

—¿Por qué trabajabas para Dunbar? Eso es lo que quiero saber...

—No es fácil de explicar, a menos que lo sepas todo... Brian Lemming era mi padre, es cierto; pero nunca quiso saber nada de mamá ni de mí. Mi madre había trabajado para él en su juventud y... Bien, fue una de esas cosas. Él le pasó una tacaña pensión y la apartó de su lado. Nunca acudió a verme ni se interesó por mí...

Él hizo un gesto de impaciencia, reprimido al instante. Tenía los dientes apretados a causa de la tensión y los músculos de sus mandíbulas se movían a intervalos delatando su estado de ánimo.

Ella prosiguió con voz queda:

—Después, mamá murió. Él no asistió al entierro, pero siguió mandándome la escuálida pensión con la cual pude costearme los estudios de secretariado. Pensaba trabajar y poder rechazar de una vez aquel dinero. Entonces, papá enfermó. No sé qué debió sentir al verse enfermo y solo, el caso es que se acordó de mí por primera vez y me mandó llamar... Era un hombre asustado, Frank. Casi me pidió perdón, y eso, conociendo su carácter, fue algo más de lo que podía esperar. Luego me rogó que lo olvidase todo y me fuera a vivir con él, me habló de la herencia, de que me necesitaba al encontrarse tan sólo...

—Y no aceptaste.

—No. Quería pensarlo, ¿entiendes? No me seducía la idea de vivir a su costa, después de lo mal que se había portado con la pobre mamá. Bien, quedamos que le daría mi respuesta más adelante, cuando saliera de su enfermedad... Y apenas salió de ella

empezó este asunto.

—No entiendo. ¿Qué tenías que ver tú con todo esto?

—Hace cosa de un mes, papá recibió la visita de Dunbar... Fue una entrevista borrascosa. Dunbar quería entrar a formar parte del consejo directivo de

«Lemming & Randall»

a la fuerza. Ya puedes imaginar cómo se puso papá. Yo escuché los gritos escondida en la biblioteca. Cuando Dunbar se marchó profirió una serie de amenazas contra la vida de papá. También le dijo que le arruinaría, que no estaba solo en aquel asunto, sino que había poderosos intereses respaldándolo...

—¿Y...? —la instó Carella al notar que se interrumpía.

—Muy alterado, papá me confesó que aquel hombre era un pistolero peligroso y que era muy posible que cumpliera sus amenazas. Era un hombre derrotado, acabado. Ya no quedaba nada en él del férreo buitre de las finanzas. Era sólo un hombre asustado.

—¿Fue él quien te pidió que trataras de colocarte cerca de Charles Dunbar acaso?

—¡Oh, no, por supuesto que no! Esa idea fue exclusivamente mía.

—Lo cual no dejó de ser una absurda locura...

—Ahora me doy cuenta, pero pensé que encandilando a Dunbar podría averiguar qué era lo que planeaba, con anticipación suficiente para hacer intervenir a la policía en el momento preciso...

Carella carraspeó y dijo:

—No debió ser agradable congeniar con Dunbar, ¿eh?

—No pienses lo que no es cierto. Dunbar se enamoró realmente de mí. Te juro que prometió casarse tan pronto hubiera realizado ese negocio, que él calificaba de gigantesco.

—Ya veo...

—¡No ves más allá de tus narices! —estalló la muchacha—. Supe ganarme su confianza, ¿no quieres entenderlo? Por eso, porque confiaba en mí, me colocó junto a Burnaby, porque recelaba de que éste le hiciera un doble juego, como así era en realidad.

—Ya veo... Sin embargo, no pudiste hacer nada para salvar a tu padre. Dunbar mandó matarlo al fin y al cabo.

—No.

—¿Cómo?

—Estoy segura que él fue el primer sorprendido cuando se hizo pública la muerte de mi padre. No le interesaba matarlo, por lo menos no en aquel momento, cuando ni siquiera sabía a quién irían a parar las acciones que ambicionaba... No, Frank, él no lo mató.

Desconcertado, Carella permaneció en silencio unos instantes. De repente, notó que su mano seguía presa entre los suaves dedos de ella, y que en los suyos palpitaba el calor de aquel cuerpo apenas velado. La miró y lo que vio en aquellos ojos profundos y relucientes le convenció de que ella decía la verdad.

—Yo... lamento lo sucedido, Bárbara...

—¿Siempre acostumbras a golpear a las chicas Frank?

—No digas tonterías. Estaba furioso...

—¿Por qué?

—Bueno, creía que te habías estado burlando de mí...

—Eso es casi confesar que yo te interesaba.

—Bueno, estás sacando las cosas de quicio, linda. La verdad es que...

—No lo digas. Eres capaz de estropearlo ahora.

Él se removió. Su cadera tropezó con algo duro, pero apenas si lo advirtió, porque los labios rojos y húmedos estaban subiendo al encuentro de los suyos.

Los sintió aplastarse contra su boca. Y ya nada tuvo importancia en aquellos instantes, porque aquel beso era en realidad como si retrocediera en el tiempo y el espacio, cuando otros labios eran suyos, siempre, a todas horas...

En aquel instante, la voz dijo:

—Una tierna escena, seguro.

Los dos dieron un respingo. Ante ellos había dos hombres corpulentos, armados de revólveres equipados con silenciadores. Más atrás, George Burnaby era quien había hablado.

—Es curioso —añadió el agente de Bolsa—. Venimos a cazar una paloma y tropezamos con el enamorado palomo... Dos pájaros de un tiro. ¿Dónde profiere recibir el plomo, señor Carella?

CAPÍTULO X

LA CAZA

—Frank —susurró la muchacha, apretando la dura mano de él.

—Calma, pequeña.

—No ha respondido a mi pregunta, Carella —insistió el agente de Bolsa.

—Es una pregunta idiota. Permítame que le formule otra con más sentido común, Burnaby... ¿Mató usted a Brian Lemming?

Burnaby soltó una carcajada.

—¿Por qué tenía que despachar al viejo? A pesar de su apariencia, era un pobre viejo asustado. Hubiera cedido al final, vendiéndolo todo para librarse de la amenaza. El que lo hizo sólo complicó las cosas.

—Ya veo...

—¿Es posible que no sospechase de mi gran amigo Dunbar?

Sin poder contenerse, Bárbara exclamó:

—¡Él no lo hizo! Miente usted.

—No sabes lo que dices, paloma... Bueno, ha sido una suerte encontrarles juntos. Sólo tú podías relacionarme con Dunbar, tú y Carella, naturalmente... Pero se acabó.

Carellaladeó un poco el cuerpo, como buscando una posición más cómoda. Su mano derecha seguía sujeta entre las de la muchacha. Apoyó la izquierda en el diván.

—Ni así conseguirás librarte, Burnaby —dijo con calma—. Has perdido esta vez.

—No me digas...

Todo sucedió en cuestión de segundos. Carella propinó un tremendo empujón a la muchacha, arrojándola fuera del diván. Ella gritó cuando cayó al suelo y rodó como una pelota de goma, pero su

grito fue ahogado por el tremendo estruendo de la «Magnum» que Carella manejaba con la mano izquierda.

El primer disparo casi arrancó la cabeza de los dos pistoleros. Siguió tirando del disparador sin piedad alguna, acurrucado en el diván.

El otro matarife giró sobre sus piernas, desplomándose más atrás. Pero no estaba muerto, aunque el plomo ardía en sus entrañas. Luchó con su brazo hasta conseguir elevar el cañón del revólver. Su disparo se confundió con otro estampido de la pistola de Frank. Las dos balas parecieron cruzarse en el aire, pero la más poderosa de la «Magnum» se enterró en el pecho del pistolero clavándolo contra el suelo.

Carella se levantó de un salto, pero Burnaby había desaparecido.

Mascullando una sarta de maldiciones, el jefe de «Los Justicieros» corrió hacia la escalera. El fugitivo había tenido tiempo suficiente de llegar a la calle, donde estaba alejándose con un rechinar de llantas sobre el asfalto.

Bárbara se levantaba cuando él volvió atrás. La tomó en brazos, todavía con la automática en la mano. Dijo con voz alterada:

—Debemos largarnos de aquí, pequeña... La policía armará un alboroto dentro de pocos minutos...

—Pero, Frank, yo creí que... que tú eras policía.

—Otro error por tu parte. Vamos, te llevaré conmigo. El «Viejo» arreglará esta matanza... aunque habrá que oírlo.

—¡Pero no puedo salir casi desnuda, Frank!

—Así estás encantadora. Por otra parte, no queda tiempo para cambiarte. Apuesto a que mis socios preferirían verte así que con traje de noche...

Bajaron corriendo las escaleras. Algunos vecinos que empezaban a reunirse en los rellanos se dieron muchas prisas a volver a sus casas al advertir el gran pistolón que aquel desconocido empuñaba...

La mayoría de ellos calificaron el asunto como un rapto violento, inspirados por la hermosa muchacha que volaba en brazos de aquel hombre...

Hasta cierto punto, no les faltaba razón.

Peter Brett deslizó una ojeada por encima de la silenciosa visión envuelta en sedas y carraspeó.

—Burnaby, ¿eh? —Gruñó—. Bien, lo encontraremos antes que la policía empiece a buscarlo...

Carella terminó de hablar por teléfono con el secretario de Justicia. Colgó el auricular y gruñó:

—Tenías razón, Peter... Va a producirle una úlcera de estómago.

—Frank...

Se volvió hacia la muchacha.

—Es cierto —masculló—. Ven, podrás descansar en esa habitación. Después me ocuparé de traerte ropas más adecuadas para alternar con una manada de lobos...

Ella desapareció tras la puerta, después de dirigirle una larga y escrutadora mirada. Pero casi al instante volvió a asomar la cabeza.

—Frank...

Él se acercó.

—Dime.

—¿Qué pasa entre nosotros, Frank?

—No comprendo...

—Cuando te he besado... tú estabas lejos de mí... a pesar de que tus labios ardían. Pero sé que no me besabas a mí... ¿qué ha sucedido?

—Es algo difícil de explicar... y doloroso para mí.

—¿Crees que yo podría escucharte?

Él sacudió la cabeza.

—Me temo que no... y al mismo tiempo casi deseo que... En fin, de todos modos, ahora no hay tiempo tampoco. Acuéstate, pequeña... no creo que tarde mucho en volver.

Le dio un ligero beso y volvió a donde aguardaba Peter Brett. No oyó el susurro de la muchacha cuando musitó:

—Sea cuando sea, será demasiado tarde, Frank...

Peter dijo:

—Linn y yo podemos ocuparnos de ese pajarraco, Frank. Hasta ahora, te has llevado todos los laureles.

—Cada uno realizará la misma tarea en sectores distintos. Hay tres posibles lugares donde puede esconderse: El Hotel Plaza, donde parece ser que vive una rubia amiga suya; la casa entre dos rascacielos de que nos habló Johnny, y tal vez los dominios de Dunbar. ¿Conforme?

—Okay. Yo puedo ocuparme de la casa vieja.

—Muy bien, llama a Linn y que investigue en lo de Dunbar. Yo iré al Plaza. Burnaby es un hombre acorralado, carente de recursos en el mundo del crimen. Su esfera de influencia es distinta, apuesto que no sabe cómo moverse. No debe resultar difícil dar con él.

—Éste, ¿lo necesitas vivo, Frank?

—Seguro. Su declaración aclarará el asesinato de Lemming, y hará que esos financieros tejanos se larguen de aquí a tal velocidad que no se detendrán hasta sus pozos petrolíferos.

—Me gustaría saber qué demonios buscaban esos tipos...

—Poder. El descubrimiento de

«Lemming & Randall»

puede hacer que cualquier corporación esté en condiciones de dictarle órdenes al mismísimo Gobierno... si es manejada sin escrúpulos. Toda la economía puede tambalearse desde sus cimientos.

—Ya veo. Bien, lo traeremos vivo si es posible.

Los dos salieron juntos. Apenas se había cerrado la puerta, cuando la del dormitorio se abrió silenciosamente. Bárbara escuchó conteniendo el aliento. Luego, salió. En sus brazos llevaba algunas ropas de hombre.

Se despojó de la *negligée*. Instantes después estaba vestida con pantalones y una camisa de verano cuyas mangas necesitó arrollar porque le llegaban casi hasta las rodillas.

Unas lágrimas se deslizaron de sus ojos. Miró a su alrededor, como si quisiera llevarse con ella la imagen de lo que rodeaba a Carella normalmente. Al fin, dirigióse a la salida con andares vacilantes... huyendo de algo que presentía más fuerte que ella misma y su amor.

En el suelo, abandonada, quedó la nube azul de seda que había velado su cuerpo.

CAPÍTULO XI

TRÁGICO VUELO

Carella entró en el vestíbulo del Hotel Plaza. Detrás de recepción, el conserje levantó la cabeza y esbozó una sonrisa profesional.

—Busco al señor Burnaby —dijo, acercándose al hombre.

Éste enarcó las cejas.

—No creo recordar a ningún huésped de ese nombre.

—No se aloja en el hotel, pero viene muy a menudo. Se reúne aquí con una linda muchacha rubia que...

—Ya sé; Patty Evans...

—Esa misma.

—Pero no creo que el señor Burnaby esté aquí. Es muy temprano, ¿entiende? Viene a buscarla de noche... creo que los dos son pájaros nocturnos, si me permite decirlo.

—De todas formas, lo comprobare. Él me dijo que me reuniese aquí con los dos, así que si me da el número de la habitación...

—Sexta planta, ciento dos. Los elevadores están al fondo, detrás de la escalinata.

Se encaminó allí. El aparato le depositó en la sexta planta con una sacudida.

Plantado ante la puerta del ciento dos, trató de imaginar una treta capaz de lograr que los ocupantes le franquearan la entrada, pero acabó convenciéndose de que, si Burnaby estaba allí dentro no abriría a nadie sin asegurarse plenamente de la identidad del visitante.

Sacó la «Magnum» de su funda y la ocultó en el bolsillo de la americana. Entonces aplicó el oído a la puerta y escuchó conteniendo el aliento.

Al principio no oyó nada. Luego hubo un arrastrar de pies y una exclamación contenida. Una voz de mujer.

Carella estuvo casi seguro que su presa estaba allí dentro. Examinó la cerradura, viendo que era de serie. No obstante, no podía forzarla sin llamar la atención. Debía actuar de tal manera que pudiera sorprender a Burnaby antes que pudiera hacer nada para defenderse.

Así que retrocedió para tomar impulso. Dio un vistazo al pasillo para asegurarse que estaba desierto y acto seguido se lanzó contra la puerta con todo su impulso.

Hubo un estrépito cuando la madera saltó en astillas. La cerradura abandonó su lugar y la puerta se abrió de golpe, lanzando a Carella al centro de una amplia estancia dando traspiés.

—¡No se mueva, Burnaby! —gritó, recobrando el equilibrio.

El sorprendido agente de Bolsa se inmovilizó detrás de una joven rubia de linda figura y cara llena de picardía, pero que en aquellos momentos miraba asustada la pistola que empuñaba el violento intruso.

—Apártese de ahí, muchacha —ordenó Carella—. Es con su amigo con quien voy a entendérmelas...

Ella inició un movimiento para alejarse, pero en aquel instante, Burnaby dio un salto y la estrechó por la cintura, parapetándose tras ella.

—¡Ande, dispare si se atreve, Carella...!

Empezó a retroceder arrastrando a la muchacha con él. El jefe de «Los Justicieros» titubeó. No podía arriesgarse a herir a la rubia. Por otra parte, quería a Burnaby vivo. Éste gruñó:

—No estoy armado, maldito sea, pero tendrá que matarla a ella para agarrarme, y si se acerca me arrojaré por la ventana junto con la chica.

—¡George...! —gimió ella, aterrada.

—Lo siento, linda...

Se echó a reír.

Los ojos suplicantes de la muchacha se posaron sobre Carella, pidiéndole ayuda, rogándole sin palabras que salvara su vida.

Él calculó la distancia que separaba a la pareja de la ventana. Era muy poca. Un solo salto podría hundirlos en el vacío, y Burnaby parecía dispuesto a cumplir su amenaza.

—Está bien —refunfuñó—. No puedo hacer daño a la chica. Voy a darle una oportunidad, Burnaby...

—Todo lo que usted debe hacer es largarse de aquí. Mataré a la muchacha si me cierran el paso, no conseguirán detenerme vivo, ¿entiende?

—Conforme...

Bajó la mano con la que empuñaba la automática. Captó el brillo de triunfo de Burnaby. Guardó la «Magnum» en la funda y sentenció:

—No obstante, bastardo, caerá en mis manos tarde o temprano.

—¡Largo de aquí!

—¡No, por favor, no se vaya! —sollozó la muchacha, tratando de desprenderse de los brazos que la aferraban.

Aquél fue el momento elegido por Carella para atacar. Brincó en el aire, pero comprendió que nunca alcanzaría a su presa a tiempo. Lo comprendió demasiado tarde, cuando vio a Burnaby saltar hacia atrás, y oyó el estallido de los cristales del ventanal.

Sus manos como garras aferraron las manos tendidas de la muchacha cuando ya su cuerpo iniciaba la trágica parábola fuera de la ventana. Notó el tremendo tirón del impulso y sus pies se apoyaron salvajemente contra la pared, mientras la rubia se debatía histéricamente, colgada en el vacío.

Carella dio gracias al cielo por haber podido sujetarla a tiempo. Comenzó a tirar enérgicamente y el cuerpo fue subiendo por encima del alféizar...

—Bien, tranquilícese, pequeña... ya pasó todo...

—¡Él... George...!

Carella asomó la cabeza. Burnaby era una mancha oscura destacando entre su sangre, en medio de la acera. La gente corría hacia él, chillando, gritando y señalando hacia arriba.

—Él está listo, pero usted ha tenido la...

Se interrumpió cuando la vio desplomarse, desvanecida.

La levantó, colocándola sobre una butaca. Movié la cabeza y abandonó la habitación confiando en que pronto fuera encontrada por el personal del hotel. Aquélla era una de esas ocasiones en que no podía desperdiciar su tiempo prestando ayuda a una dama...

Cerró la puerta y buscó la escalera de servicio...

CAPÍTULO XII

CAMBIO DE RAZÓN SOCIAL

Todo el grupo estaba presente, incluido Johnny Rugolo, que permanecía sentado en una butaca con el torso erguido a causa de los vendajes. Frente a ellos, el secretario de Justicia paseó su mirada de balcón del uno al otro. Luego, volvió la cabeza y le sonrió al señor Randall.

—Bien, podemos decir que han librado al país de una catástrofe bursátil. ¿No lo cree usted así, señor Randall?

El físico asintió con un gesto.

—En efecto, nunca les quedaremos bastante agradecidos, señores. A pesar de que no pudieron recobrar los documentos y planos desaparecidos, debemos darles las gracias sinceramente.

Carella dijo suavemente:

—Está en un error, señor Randall. Tenemos esos documentos.

El científico pegó un respingo, lleno de sorpresa.

—¿Habla en serio?

—Bien, quizá he exagerado un poco... No tenemos los documentos todavía, pero sabemos dónde están, conocemos a la persona que los robó. Eso es bastante, ¿no cree?

—Si poseen pruebas suficientes...

—Las tenemos. Usted, señor Randall, desvalijó la caja fuerte de Lemming, después de arrebatarse sus llaves. Naturalmente, para apoderarse de las llaves tuvo que matarlo... ¿Por qué lo hizo, maldito sea? Eran socios, se llevaban bien...

El físico miró a todos aquellos hombres de uno en uno. Su pálida cara semejava una máscara.

Se detuvo al fijar sus ojos miopes en el secretario de Justicia.

—¿Usted... usted cree esta sarta de disparates?

—Hay pruebas, Randall... lo siento.

—¡Pruebas! —aulló el científico—. No puede haber pruebas. No las hay...

Carella esbozó una sonrisa. Con voz segura dijo:

—Lemming estaba asustado, y para protegerse mandó instalar una cámara tomavistas automática en su despacho, Randall. No lo descubrimos hasta esta noche pasada, pero allí se distingue perfectamente la puerta y a usted.

Eso fue un golpe demasiado rudo para un hombre acostumbrado a pelearse sólo con ecuaciones y problemas de cálculo.

—Debí suponer que no saldría bien —susurró—. ¿Qué van a hacer conmigo ahora?

—Será juzgado —rezongó el secretario de Justicia—. Sus declaraciones no están relacionadas con el pánico en la Bolsa, de manera que podrán hacerse públicas... ¿Por qué lo mató, Randall? Formaban un buen equipo, ¿no es cierto?

—¡No! Nunca fuimos un buen equipo. Lemming era un buitre. Lo quería todo, dinero y más dinero, y los cerebros de los hombres de ciencia que trabajábamos en sus laboratorios...

—Pero usted era su socio...

—Sólo nominalmente... Él... me explotaba, eso es. En ese argumento basaré mi defensa.

Carella enarcó las cejas.

—Siga —ordenó.

—Él mismo puso en mis manos la oportunidad cuando me habló de las amenazas que había recibido. No era más que un conejo asustado entonces. Se me ocurrió que, si acababa con él secretamente, todo el mundo achacaría su muerte a los que le habían amenazado... Bueno, salió mal. Sé que estoy vencido, pero yo no podía contar con que había instalado una cámara tomavistas en el despacho.

Carella hizo una seña, y Linn Burke desconectó el magnetofón. Entonces dijo con voz helada:

—No había ninguna cámara, Randall... Ha sido todo una trampa en la que usted ha caído. Puedes llevártelo, Brett. El espectáculo ha terminado por lo que respecta a usted, señor.

El secretario de Justicia le miró por encima de sus gafas. Entre dientes refunfuñó:

—Nunca debí asistir a esta escena, es nauseabundo su sistema, Frank... Ese tipo es un pobre diablo...

—Un pobre diablo que asesinó a sangre fría, sólo para que en la razón social de la Empresa figurase únicamente su nombre... En fin, usted ha insistido en estar presente, señor. Ahora, el tipejo es suyo.

Linn Burke y Peter Brett salieron escollando al científico, seguidos por el elegante secretario de Justicia de los Estados Unidos.

Al quedar solos, Johnny gruñó:

—El «Viejo» tiene razón, Frank, no experimento ninguna satisfacción por haberle echado el guante a ese tipo.

—¿Crees que a mí me alegra? Pero es un criminal y debe pagar su crimen... Por otra parte, al demonio con él.

Johnny le miró por el rabillo del ojo. Vio la torva expresión de aquel rostro y parpadeó.

—Ya veo —refunfuñó, levantándose.

Entre gemidos de protesta, abandonó la sala desapareciendo en el dormitorio. Carella todavía permaneció inmóvil unos instantes. Luego, dio la vuelta al diván y contempló la suave nube azul que, revuelta y sin forma, descansaba en él. Una nube de seda que había acariciado un cuerpo que a veces se le antojaba que no había existido...

—Como un sueño —musitó para sí.

Las puntas de sus dedos recorrieron la seda, pero repentinamente los apartó como si acabase de sufrir una descarga eléctrica.

Se apartó del diván, encendió un cigarrillo y, acercándose a la ventana, contempló el mar de luces que se extendía en todas direcciones.

Quiso creer que, tras alguna de aquellas luces, una muchacha llamada Bárbara estaría, al igual que él, contemplando la noche y soñando...

O quizá tan sólo pensando, no importaba mucho con tal de que estuviera allí... en alguna parte de la ciudad.

Carella cerró los ojos. Estaba cansado...



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas. Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

REDA

un VETERANO SABOR!...



OSBORNE *Fundada en 1772*

